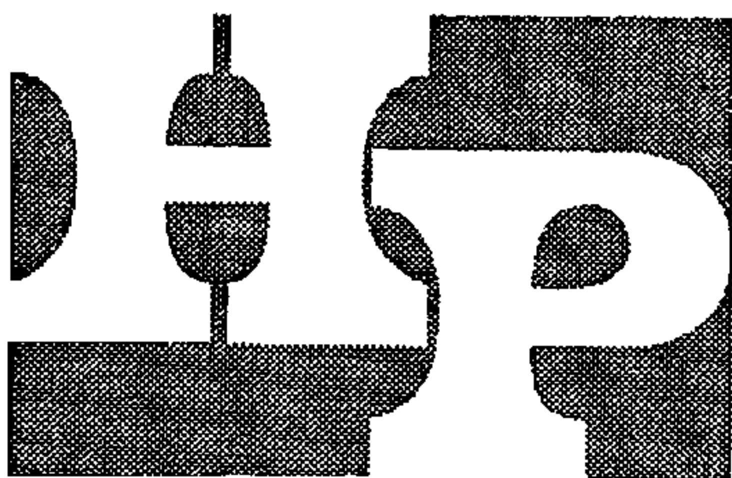
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERIE Héroes de la PRADERA

Silver Kane

EQUIPO NEGRO





Héroes de la PRADERA

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
1.231. — Los dientes del destino.

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.096 — Avernus.

En Colección SALVAJE TEXAS:
738. — Infierno: capital Dodge City.

En Colección KANSAS:
666. — Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO:
934. — La venganza de Dale Temple.

En Colección ASES DEL OESTE:
502. — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:
515. — La casa del eterno olvido.

En Colección COLORADO:
637. — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:
751. — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:
490. — Los gatos.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:
87. — Lord Diablo.



Silver Kane

EQUIPO NEGRO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 89
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 27.962- 1971

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: setiembre, 1971

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Capítulo primero

El juez farfulló:

—Y, por lo tanto, os declaro marido y mujer.

Los dos únicos testigos —y al mismo tiempo únicos invitados—, que asistían a la boda, se apresuraron a felicitar al novio.

—Tú, canalla… ¡arrea! —dijo uno.

—Llevas buena compañía para ir al infierno —gruñó el otro.

El novio exclamó:

—¡Qué finos!

—¿Qué esperabas? ¿Qué te hiciéramos un regalo encima?

—Hombre, al menos podríais disimular.

—Ni disimulos ni nada. Arrea, vuelve a la celda.

Uno de los guardianes volvió a colocarle las esposas y lo empujó hacia la puerta que comunicaba con la prisión. El juez arrugó el ceño, porque las bodas como aquélla no le gustaban. Pero ya estaba hecho.

—Bueno, no hace falta que lo matéis antes de la hora —gruñó.

—No intentamos matarle. Lo que queremos es que el pájaro no escape.

Y sujetaron por ambos brazos al novio, empujándolo con más vigor que antes hacia el departamento de celdas.

Fue entonces cuando se oyó aquella voz:

—Un momento.

Todos se volvieron, porque la voz, aunque suave, era autoritaria. Y todos pudieron ver entonces, con completo detalle, a la novia. La novia se había sentado en una de las sillas inmediatamente después de la ceremonia, y acababa de cruzar las piernas subiéndose la falda sin demasiada precaución, para estar más cómoda. Tenía las piernas más bonitas que se habían visto en Denver, y además, diablos, sabía

enseñarlas. Por si eso fuera poco, la novia debía tener entonces unos veinte años, de modo que hacía falta estar borracho para imaginar algo mejor. El juez tartamudeó:

—Di… di… diga, señorita Taylor.

—¿No es costumbre en este país que se besen los novios después de la boda?

—Sí, claro, como en todas partes. Pe… pero yo…

—Usted creía que este caso era especial, ¿verdad?

—Eso mismo.

Lena Taylor sonrió. Tenía los dientes regulares, iguales, y la sonrisa bonita. Tenía muchas otras cosas, además, pero eso el juez no se hubiera atrevido a decirlo en voz alta.

—De todos modos quiero besar a mi marido —dijo ella—. Para eso lo he comprado, ¿no?

El juez farfulló:

—Es un deseo muy razonable. Muchachos… Los carceleros le miraron expectantes.

—Soltad a Bruce —decidió el juez—. Pero sólo unos minutos. Los suficientes para que paséis envidia.

Bruce fue soltado. Era un hombre de veintiocho años, fuerte, con las facciones tostadas por el sol de la pradera. Sus cabellos eran color rubio paja. Iba vestido con cazadora de ante, larga, y pantalones tejanos. Naturalmente, no llevaba armas, y además era difícil que las pudiese emplear en mucho tiempo, pues las esposas demasiado justas le habían castigado brutalmente las muñecas, impidiéndole el juego normal de éstas.

Lena Taylor se puso en pie, acercándose al hombre. Resultaba baja a su lado, aunque era toda una mujer, toda una señora y todas esas cosas que uno piensa cuando se tropieza con algo que vale la pena. Le miró directamente a los ojos y susurró:

—¿No quieres besarme?

—¿Y por qué no?

—Como parecía que tenías miedo…

Ella acercó los labios entreabiertos. El juez y los dos carceleros notaron instantáneamente que se habían quedado sin respiración.

—Muy bien —dijo Bruce—. Tú lo has querido…

Fue a besarla, pero en ese momento Lena retiró la cara. Valiéndose de que él no podía retenerla con sus brazos, saltó hacia

atrás y movió la mano derecha, golpeándole dos veces en el rostro.

—¡A mí no me ha besado nadie todavía, perro! —gritó.

Bruce encajó los dos golpes sin pestañear y casi sin mover el rostro. Sólo sus ojos brillaron de un modo peligroso, pero fue únicamente un segundo. Luego sonrió secamente.

—Y a mí nunca me había pegado nadie, muchacha —dijo.

—Alguna vez tenía que ser la primera. ¡Lleváoslo!

Los carceleros volvieron a sujetar a Bruce y lo empujaron hasta su celda. Él no opuso resistencia, sino que se dejó llevar con una especie de fatalismo. Cuando estuvo encerrado otra vez, se tumbó en la colchoneta y se puso a silbar un himno que por aquellos años, en el Territorio de Colorado, se solía dedicar a los muertos.

Una vez solos en la sala, el juez dijo a Lena Taylor:

—¿Se da cuenta de lo que ha hecho?

—Claro que sí. ¿Y qué tiene de particular?

—No ha debido burlarse de ese hombre.

—¿Por qué no? Es un rufián condenado a muerte.

—Pero también es un ser humano. Al condenado se le ahorca, pero no hay razón para que nadie se burle de él.

Lena sonrió con un gesto levemente desdeñoso.

—Veo que es usted un sentimental, juez.

—Y yo veo otra cosa: no debí acceder a esa ceremonia.

—¿Por qué no?

—En cierto modo no era legal. Nadie debe casarse así. Él se ha vendido por dinero.

—¿Y qué? ¿Pretende decirme que no hay millones de personas que se casan al cabo del año por la simple y elemental razón de que les gusta el oro?

—Esto es distinto. Usted se ha presentado aquí con una recomendación del gobernador del Territorio para que la atendiésemos. Yo me he puesto a sus órdenes, pero en modo alguno imaginaba que quisiera una cosa tan extraña. ¡Casarse con un condenado a muerte!

—No creo que tenga nada de particular. Cada una elige el novio que quiere, ¿no?

El juez se pasó un pañuelo por la frente, que empezaba a perlársele de gotitas de sudor. No quería confesárselo, pero llegaba a marearle el cinismo de la muchacha.

—Repito que es distinto —musitó—. Cuando yo le he dicho que había aquí un condenado a muerte y que era soltero, usted le ha ofrecido mil dólares si accedía a casarse. Bruce, que es un canalla, ha dicho que sí.

—Y nos hemos casado, ¿no? ¿Pues qué más tiene que oponer? La ceremonia ha sido legal. Los dos hemos dicho que sí. Limítese a registrar el matrimonio en sus libros y deme un certificado. Tendrá una buena propina.

—No quiero propinas —gruñó el juez—. Por el hecho de que usted sea millonaria, no me va a insultar. Me limitaré a cobrarle la tasa que marca la ley: quince dólares.

—¿Y me entregará el certificado?

—Quiere justificar que está legalmente casada, ¿eh? De acuerdo, se lo entregaré con la única condición de que se largue cuanto antes de Denver.

La muchacha lanzó una carcajada.

—No le soy simpática, ¿verdad?

—Ni pizca.

—Está bien, me largaré como usted pide y procuraré que no se acuerde más de mí. Pero oiga… —De pronto sus facciones se tensaron y pareció recorrerlas la sombra de una duda—. Van a matarlo, ¿verdad? ¿Seguro que es un condenado a muerte y que no tiene remisión?

—Seguro.

—¿De qué se le acusa?

—Perteneció nada menos que a la pandilla de guerrilleros de Quantrell, y ya sabe usted que eso significa muerte automática, porque aún están vigentes las leyes militares en todo el Territorio.

—Pero ¿la sentencia no tiene apelación?

—Claro que no. Incluso está fijada la fecha de la ejecución para dentro de una semana. Ese hombre negó que fuera un guerrillero de Quantrell, y dijo que estaba con ellos por casualidad. Que fue a venderles alimentos y ellos le obligaron a seguirles. Pero comparecieron dos testigos que afirmaron todo lo contrario. Ese fulano, Bruce, era uno de los jefes.

Lena Taylor pareció tranquilizarse.

—En ese caso… Zuuuiiist…

E hizo una señal muy significativa con el dedo índice,

pasándoselo por el cuello.

—Naturalmente que sí. Pero no es eso solo.

—¿Aún hay más?

—Está igualmente condenado por violación. Cuando dejó a los esbirros de Quantrell para huir hacia el Norte, buscando ocultarse, se tropezó en el campo con una mujer solitaria, a la que violó. Eso también se ha comprobado.

—O sea que son dos condenas a la horca. ¿Y aún espera que lo dejen vivo?

Lena Taylor parecía completamente tranquila. Ahora incluso volvió a sonreír alegremente.

—Comprendo que pronto voy a ser una viuda.

—Muy pronto.

—¡Magnífico!

—¿Y no siente ninguna clase de compasión por ese hombre?

—Ya no la sentía antes, pero después de lo que me ha contado mucho menos. ¡Ni pizca!

—Señorita Taylor…

—¿Qué?

—¿Puedo preguntarle por qué ha hecho todo esto?

—Muy sencillo. Necesitaba estar casada hoy a las doce de la noche para entrar en posesión de la herencia de mi padre, que es fabulosa. Valía la pena, ¿no? Lo de poner una fecha tope para mi boda fue una de las cláusulas del testamento.

—Eso es absurdo.

—¿Por qué?

—Usted viene desde muy lejos, desde Oklahoma. Es usted bonita de cara y de lo demás…, ¡diablos!, de lo demás está muy bien. Habrá habido centenares de hombres que quisieran casarse con usted.

—Se equivoca, juez.

—¿Que me equivoco?

Ella sonreía, pero en sus ojos podía leerse una especie de amargura.

—Sí —dijo—. Nadie en Oklahoma ha querido casarse conmigo. Nadie, ¿entiende? Puede parecerle extraño, pero así es. He tenido que venir hasta Colorado para conseguir lo que quería.

Se encaminó hacia la puerta y puso la mano sobre el pomo. Una

vez allí se volvió para contemplar el rostro asombrado del juez.

—Le asombra, ¿verdad? Pues así ha sido. Y ahora dejémonos de pláticas. Mañana vendré a recoger el certificado y le pagaré sus honorarios. Por cierto, también pagaré al…, a mi marido, los mil dólares. Supongo que se los gastará en champaña antes de que lo ahorquen.

—Se equivoca —dijo el juez en voz baja.

—¿Que me equivoco? Pues entonces se los querrá gastar en *whisky*. Porque en mujeres no creo que se los dejen gastar, ahí dentro…

El juez susurró con los ojos entornados:

—Se equivoca otra vez, señorita Taylor. Ha pedido que se los enviemos íntegros a su madre. Su madre está encerrada en una Reserva. Es una india.

CAPÍTULO II

El carruaje se detuvo en la divisoria de la frontera, justo donde un poste indicaba a los viajeros que estaban entrando en Oklahoma.

Había oscurecido ya, y las colinas tenían un misterioso color violeta, pero la mujer que iba en el carruaje, con una escolta de tres pistoleros de confianza, no se fijaba en eso. Su atención estaba ocupada por la cima de uno de los montículos, donde se encendía y se apagaba a intervalos una señal luminosa.

La mujer, que no era sino Lena Taylor, descendió del carruaje. En su rostro y en sus ropas se advertían las huellas del larguísimo viaje, pero sus movimientos seguían siendo tan elásticos y su cuerpo tan tentador como antes.

—Están ahí —dijo a uno de sus pistoleros—. Haz la señal tú también.

El aludido descolgó de la silla un farol de petróleo, que les había servido para sus acampadas y lo encendió parsimoniosamente. Se advertía en cada uno de sus calmosos gestos que era tejano. Una vez encendido, lo cubrió y descubrió varias veces con un pedazo de cartón, de modo que desde la colina pareciese también que en el sitio donde estaban ellos se encendía y se apagaba una luz.

Instantes después se oyó un trote de caballos.

Cuatro jinetes aparecieron en la línea del horizonte, viniendo de las colinas. Cuando estuvieron más cerca, se pudo ver a la luz del crepúsculo que eran jóvenes, fuertes, y que iban vestidos de negro. Cada uno de ellos llevaba dos revólveres con las cachas adornadas en plata.

Lena los miró con los ojos entrecerrados.

—Desde luego, a vosotros nadie puede confundiros —dijo—. Desde que aprendisteis a manejar un revólver, vais juntos y siempre

vestidos de negro.

—Nos interesa que no nos confundan —dijo uno de ellos—. Cuando la gente sabe que somos los Toward, ya siente miedo. Con eso tenemos ganada la mitad de la partida.

—¿Sois hermanos? Siempre he tenido curiosidad por saber eso.

—¡Oh, no! Toward se llamaba el primer hombre al que matamos. Desde entonces decidimos adoptar ese nombre como una especie de mascota, y la verdad es que siempre nos ha ido bien.

Los cuatro jinetes vestidos de negro se pusieron entonces a mirar con curiosidad a los tres que estaban junto al carruaje.

—Veo que vosotros sois de los que miráis antes a los hombres que a las mujeres —susurró Lena, un poco sorprendida, y hasta decepcionada en el fondo por el hecho de que aquellos tipos no hubiesen reparado para nada en su belleza.

—Es una buena táctica —dijo con suavidad el pistolero que había hablado antes—. La mujer es el premio que uno recoge cuando ha matado al hombre que la acompaña.

Hubo un momento de tenso silencio. Los tres acompañantes de Lena llevaron imperceptiblemente las manos a las culatas. De pronto la muchacha soltó una larga carcajada.

—A éstos no tendréis que matarlos, ni ellos a vosotros. Al contrario, vais a trabajar juntos —explicó cuando pudo dejar de reír —. Son de toda confianza y me han acompañado en un viaje hasta Denver, en Colorado. Se llaman Talbot, Samuel y Pick.

Los Toward hicieron a la vez un mismo gesto de saludo.

—Celebramos conoceros.

—Nosotros también —dijo Pick, en nombre de los demás—. Hemos atravesado territorios muy malos. Ahora, todos juntos, iremos más seguros.

—¿Tenéis tabaco? Samuel arrojó una bolsa.

—¿Es que hace mucho tiempo que no paráis en una ciudad?

—Las instrucciones de la señorita eran de que no se nos viese por ningún sitio, para evitar poner en guardia a los *sheriffs*. Y nosotros siempre cumplimos a la perfección las órdenes de quien nos paga. Hemos estado merodeando por las montañas hasta hoy, el día fijado.

Liaron unos cigarrillos y fumaron ansiosamente, sin descender de sus caballos ni cambiar de postura, como si los animales y ellos

estuvieran hechos de una sola pieza.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Lena—. Yo siempre he oído decir simplemente «los Toward».

—Le parecerá casualidad, pero los cuatro nos llamamos Jim —dijo uno de ellos, mientras sonreía secamente.

—¡No es posible!

—Eso fue lo primero que nos unió: la similitud de nombres. Luego vinieron otras cosas, y al final decidimos constituir nuestro grupo.

—¿Y cómo os distinguís?

—Nos damos un número. Uno-Dos-Tres-Cuatro. Es más cómodo y más sencillo que arrastrar un nombre que siempre compromete. El número Uno soy yo. Los otros tres están por orden. Recuérdelos.

Lena los miró mientras repetía los números mentalmente. Uno-Dos-Tres-Cuatro. Cuatro sombras siniestras recortándose en el horizonte. Los cuatro mejores gatillos que había en el Sur estaban ahora a sus órdenes.

—¿Por qué nos ha contratado? —preguntó Tres—. Recibimos el aviso por medio de uno de nuestros confidentes conocido por usted. Pero ¿qué es lo que quiere exactamente?

—Protección.

—¿Sólo eso?

—Soy la propietaria del rancho más importante de Oklahoma —dijo ella orgullosamente.

—¿Rancho Taylor?

—Sí.

—¿Murió el viejo Taylor?

—Hace un año. Yo soy ahora su heredera, porque he cumplido la condición que me imponía el testamento. Aquí llevo la certificación —se palpó uno de los bolsillos de su vestido de viaje—. Naturalmente, hay algunas personas que esperaban que ya no heredase, porque el plazo para cumplir la condición estaba a punto de expirar. Por si me crean dificultades, necesitaré a unos cuantos hombres decididos, y por eso os he contratado. Ahora sois siete.

—¿Qué condición era ésa? —preguntó Uno.

—Casarme.

—¿Lo ha hecho? ¿Y el marido?

—Muerto.

Todos los Toward lanzaron a la vez una carcajada.

—No hay duda de que es una mujer decidida —dijo Dos—. ¿Y el sueldo? ¿Cuánto cobraremos, señorita? O mejor, señora viuda…

—Quinientos mensuales cada uno. ¿Hace?

Los cuatro hombres vestidos de negro se miraron.

—Hace.

—Entonces, no hay más que hablar.

La muchacha subió al carruaje y los siete hombres, en silencio, siguieron tras sus huellas.

CAPÍTULO III

Los dos carceleros se aproximaron a la celda donde estaba encerrado Bruce, y uno de ellos dijo con entonación sarcástica:

—Te traemos un regalito.

En efecto, entre los dos sostenían por debajo de los brazos a un tipo de unos sesenta años, pequeñajo y esmirriado, cuya piel tenía el color del pergamino viejo. Como apenas le quedaba más que aquello sobre los huesos, parecía un cadáver al que llevasen de un lado a otro. Sus ojos ya estaban vidriosos y apenas quedaba en ellos un pálpito de luz.

—¿Un regalito? —Gruñó Bruce—. ¡Pero si ése es John Spencer!

—Justo, hermano.

—¿Y para qué lo traéis aquí?

—Porque él mismo lo ha querido.

—¡Pero si se está muriendo!

—Justamente por eso, amigo.

Otro carcelero trajo un camastro y lo montó en menos de diez segundos en el interior de la celda. John Spencer fue depositado en él.

Luego la puerta se cerró como si tal cosa.

John quedó con los ojos cerrados y permaneció así durante largo rato, aspirando aire dificultosamente. Bruce, queriendo animarle, encendió el cigarrillo que le habían dado para su última cena y le echó el humo a la cara, pero el otro por poco se ahoga.

Cuando abrió los ojos, lo primero que dijo fue:

—Im… bé… cil.

—Hombre, yo lo hacía con buena intención.

—Por poco… me conviertes en humo a mí también…

—Caray, abuelo, sí que está mal la cosa… Y oiga: ¿por qué le

han traído aquí? ¿Creen que esta celda es un hospital?

—Más valdría decir una tumba.

—Hombre…, ¿ve? Por ahí ya vamos mejor encaminados.

—He dicho que me trajeran… para hacerte un favor.

—¿Ah, sí?

—La estoy palmando, amigo…

—Pues vaya favor que me ha hecho. ¿Qué quiere? ¿Que vele su cadáver?

—Algo así.

—Diablos, no lo entiendo.

—Porque eres imbécil.

—Eso ya lo dijo antes. Y yo le pregunto: ¿no podía haberse buscado mejor compañía para estirar la pata?

—¡Chist! A partir de ahora no grites. No quiero que los guardianes, desde fuera, puedan oír algo.

Bruce se inclinó hacia adelante, empezando a interesarse por lo que decía el viejo.

—Oye, abuelo… ¿qué quieres? ¿Largarte?

—El que te vas a largar eres tú.

—¡Diablos!

Bruce por poco da un salto sobre su camastro. Las orejas se le erizaron como las de un perro pastor.

—He pedido como última voluntad que me dejen morir aquí… —farfulló John—. El médico de la prisión ya ha dicho que es cuestión de horas… Y como quiero que mi muerte sirva para algo… puede que a ti te proporcione la fuga…

Hizo un esfuerzo para dominar la fatiga que le agobiaba y prosiguió:

—Tú eres el único que me ha dado tabaco… y algo de dinero… en el patio de la prisión… sin conocerme siquiera. Por eso quiero intentar ayudarte…, aunque sólo de ti depende conseguirlo.

—¿Y cómo va a hacerlo, abuelo?

—Cuando yo muera… pondrán el ataúd aquí. No lo han puesto nunca en la oficina del *sheriff*.

—Claro.

—Tú tienes que estar todo el tiempo con la cabeza tapada y fingiendo que duermes. Tienen que acostumbrarse todos los guardianes a verte así, sin mover un músculo.

Bruce hizo un gesto afirmativo con la cabeza, mientras su cerebro trabajaba a toda presión. Iba comprendiendo.

—Tú ni fijarte en mí —prosiguió John—. Cuando muera y traigan el ataúd… tendrás que jugártelo todo a una carta… Si lo cierran, ganas… Si lo dejan abierto, pierdes…

—Entiendo, abuelo.

—En el caso de que lo cierren, tardarán poco en sacarme fuera… Lo que debes hacer con mucha rapidez es ponerte tú en el ataúd y dejarme a mí bajo las mantas… Cargarán el paquete y saldrán de aquí, supongo que sin fijarse demasiado en el camastro porque ya estarán acostumbrados… Lo demás, cuando estés fuera de la cárcel, es cuenta tuya… Bruce dijo sombríamente:

—Sí, abuelo.

—Con una sola condición.

—¿Cuál?

—Que no mates a nadie.

—Prometido, abuelo.

—Naturalmente…, si no cierran el ataúd no habrá nada que hacer. En ese caso habremos fracasado. Pero yo, al menos, no pierdo nada. Lo mismo me da morir en un sitio… que en otro.

—Suceda lo que suceda…, gracias, abuelo.

—A ti… Buena suerte, muchacho…

En aquel momento se acercó uno de los guardianes, acompañado por el médico. La puerta de rejas se abrió.

—Ha pedido que lo trajésemos aquí —explicó el guardián—. Su última voluntad. Además, le hemos complacido porque él tenía en la celda un compañero que en cuanto ve morir a alguien se vuelve medio loco.

El médico carraspeó.

—Éste tiene solo para unas horas —dijo—. No hay más que verlo.

Bruce fingió tener un acceso de furia, lanzándose contra el guardián y derribándolo por el suelo.

—¡Maldito! ¡Condenados perros! ¿Es que yo no tengo derecho también a una última voluntad? ¿Es que antes de enviarme a la horca habéis de martirizarme rodeándome de muertos?

El guardián reaccionó y le propinó dos brutales golpes a la cabeza. La verdad era que eso precisamente estaba esperando

Bruce.

Fingió quedar atontado, apoyando la frente en una de las paredes de la celda.

—¡Queréis matarme! ¡Por poco me abres la cabeza! ¡Queréis matarme entre todos antes de que vaya a la horca!

—¡Tú cállate! ¡Métete en tu camastro y duerme, imbécil!

—Yo no he hecho más que protestar… Yo…

El guardián le propinó un puntapié al costado.

—¡Silencio!

Levantándose como pudo, Bruce fue hasta su camastro y se tendió en él, tapándose la cabeza.

—Ya que me traéis a éste aquí… ¡No quiero verlo! ¡No quiero verlooo…!

—Parece mentira la falta de resistencia que tienen algunos —gruñó el guardián—. No soportan nada.

Bruce, bajo las mantas, había quedado quieto como una estatua.

El guardián midió con ojo de entendido la longitud del viejo, que respiraba cada vez más dificultosamente.

—El ataúd que tenemos preparado valdrá… —dijo en voz muy baja—. Tal vez un poco largo, pero…

—Un ataúd no es un traje a medida —dijo el médico encogiéndose de hombros.

Y salieron los dos.

Tres horas después, el viejo John había muerto.

Bruce se dio cuenta de que aquello se acababa por el ritmo cada vez más irregular de la respiración. Lamentó no poder acompañar al viejo en sus últimos instantes, pero comprendió que si lo hacía echaba por tierra todo el plan. Sus únicas posibilidades de éxito se fundaban en que los guardianes se acostumbrasen a aquel bulto inmóvil bajo las mantas, y además en que quisieran cerrar el ataúd en lugar de mantenerlo abierto hasta la hora del entierro.

Esto último no dependía de él, pero el primer factor sí. Por eso se estuvo quieto sin mover un músculo.

El guardián, que pasaba cada cinco minutos, descubrió el fiambre.

—¡Eh, tú, Red! —llamó.

Vino el otro guardián, armado con un rifle automático.

—¿Ha estirado la pata?

—Sí. Ha tardado menos de lo que esperábamos.

—¿Y el *sheriff*? ¿Qué querrá hacer?

—Ya lo ha dicho antes de irse a cenar: meterlo en el ataúd y sacarlo cuanto antes de aquí. Dos hombres del retén lo cargarán en un carro y le enterrarán esta misma noche. El fulano no tenía familia.

—Bien mirado, no era un tipo de esos que dan asco. Total, un cuatrero de tres al cuarto.

—Anda, vamos.

La puerta fue abierta cinco minutos después. Entre los dos traían un ataúd de madera sin pintar. Colocaron el cadáver dentro, desmontaron el camastro y volvieron a salir.

Bruce contuvo la respiración. No habían cerrado el ataúd.

Mientras maldecía en voz baja su maldita y perra suerte, oyó que los guardianes volvían. Pero ahora ya no eran dos, sino cuatro. Sus pasos resonaban pesadamente en el corredor.

Ahora sí que Bruce lo vio todo perdido.

Los cuatro tipos eran los dos guardianes y los dos que habían de cargar el ataúd en el carretón para llevarlo al cementerio. De modo que lo cerrarían con el cadáver dentro y se lo llevarían de allí sin perder un minuto. Mientras, él quedaría bajo las mantas como un imbécil, y pasadas unas horas lo ahorcarían. ¡Había perdido su última oportunidad!

Se oyó la voz de uno de los guardianes:

—Ahí está. Hay que sacarlo.

—De acuerdo. Vamos a cerrar.

Se oyó el ruido de las fallebas al ser ajustadas. Bruce contenía la respiración. Tenía los dientes tan apretados que sentía dolor en el fondo del cerebro.

Otra voz dijo:

—¿Tenéis listo el carretón?

—Está en la esquina. No creíamos que hubiera que cargar tan pronto. ¡Ni que fuera un apestado!

—Esos tipos no se sabe nunca de qué mueren. Acercad el carretón a la puerta. No hay que dar un espectáculo.

—De acuerdo.

Se oyó a los dos tipos salir. Bruce no podía resistir ya la insoportable tensión nerviosa.

Le daba la sensación de que sus dientes apretados estaban a punto de saltar.

—Tú vete a avisar al *sheriff* por si tiene alguna orden de última hora —dijo otro de los guardianes.

«Si ése sale, sólo quedará uno», pensó ansiosamente Bruce.

Y estaba ya decidido a jugarse el todo por el todo cuando el otro preguntó:

—Tú solo sabes mandar. ¿Qué vas a hacer mientras tanto?

—Estaré en la oficina. No creerás que voy a ir a ver, a las chicas del *saloon*, ¿eh? Y no te quejes tanto, hombre. Total, ir a ver al *sheriff* te cuesta un par de minutos.

Se oyó ruido de pasos y luego el ruido de la puerta al ser cerrada. A continuación los pasos se perdieron pasillo abajo.

Bruce se quitó las mantas de encima. A causa del sudor (un sudor helado como la misma muerte) su cuerpo estaba mojado igual que si acabase de salir de un baño.

¡Dos minutos!

¡Dos minutos o menos tardarían los sepultureros en tener el carromato listo y delante de la puerta! ¡Dos minutos para hacerlo todo, para salvarse o morir!

Cogió el cadáver del viejo, tras abrir la tapa sin hacer ruido, y lo cubrió con las mantas, dejándolo aproximadamente en la misma postura que él tenía antes. Luego se introdujo en el ataúd y cerró la tapa.

Había un detalle, sin embargo, que podía descubrirlo todo.

Las fallebas que cerraban la tapa quedarían sueltas, y los dos sepultureros advertirían eso. Él no podía cerrar estando dentro del ataúd. Sólo podía confiar en que tuvieran tanta prisa por sacarlo de allí que no repararan en ese detalle.

La suerte le acompañó esta vez, porque dos minutos más tarde los guardianes y los sepultureros vinieron en compañía del *sheriff*.

Y el *sheriff*, por lo visto, había bebido un poco.

—¡Bueno, lleváoslo de una maldita vez! —gritó a sus hombres con voz ronca—. ¡Para hacer esto no era preciso venir a molestarme! ¿No os había dado ya órdenes concretas?

—Sí, jefe, pero…

—¡Maldito sea! ¡Ahora que estaba en el *saloon* y empezaba a dárseme bien «La Belle Ketty»! ¡Vamos! ¡Fuera con esa carroña!

Los sepultureros y los guardianes no se fijaron en nada, limitándose a cargar la caja y salir de allí a toda prisa. Bruce tuvo la sensación de que volaba a través de los aires cuando la siniestra caja fue lanzada sobre un carromato.

—¡Arreando!

Bruce tragó saliva. ¿Cuánto tardarían los guardianes en descubrir el engaño? ¿Cinco minutos? ¿Diez?

El carromato brincaba por las irregulares calles de Denver. Bruce, que conocía el camino que llevaba al cementerio, fue contando más o menos las yardas recorridas hasta calcular que estaban ya fuera de la calle principal, y, por tanto, en una zona de sombras. Le confirmó en esta creencia el hecho de que el carromato iniciara una suave cuesta. Precisamente el camino al cementerio tenía que remontar una colina.

El ataúd resbaló un poco.

«Si temen que vaya a caer y lo sujetan, estoy perdido —pensó—. He de actuar ahora…».

Abrió la tapa y miró. Si uno de los guardianes estaba sentado de cara al ataúd, todo se habría perdido. Pero afortunadamente no fue así. Como a nadie le gusta entretenerse mirando una de esas cajas, los dos estaban sentados en el pescante.

Fue instantáneo.

Bruce salió del ataúd, cerró la tapa y saltó al camino, cubierto por las sombras. En aquel momento uno de los sepultureros se volvió.

—Eh, tú… Eso está resbalando.

—Sujétalo.

Una de las zarpas del sepulturero se posó sobre la tapa. La tuvo allí hasta que el carromato remontó la colina.

Luego, al descender, se perdió de vista.

Bruce echó a correr con todas sus fuerzas hacia la pradera, alejándose lo más posible de la ciudad, mientras a lo lejos se oían unos disparos. Estaba seguro de que los hombres del *sheriff* habían descubierto su fuga.

Ahora se jugarían la piel para encontrarle. Habían hecho el ridículo, y querrían lavar como fuera la mancha.

De todos modos, Bruce tenía una ventaja en estos momentos. Lo primero que harían los del *sheriff* sería ir al cementerio, para

intentar cazarle aún dentro del ataúd. Eso les ocuparía diez o quince minutos que él tenía ganados de antemano.

Siguió corriendo, mientras el sudor bañaba su cuerpo.

Sabía que necesitaba robar un caballo si no quería morir. Robar un caballo podía significar una nueva condena; pero… ¿qué importaba ya?

Encontró lo que buscaba en una casa aislada de la llanura. Se oía relinchar dentro de la cuadra y se atrevió a entrar en ella. Sacó un caballo sin silla y sin riendas, con el que partió a galope al estilo indio. Cuando estaba ya a media milla oyó al dueño de la casa que disparaba desde una de las ventanas con un rifle.

Pero a él ya no le detendría nadie. Iba en dirección a Oklahoma.

CAPÍTULO IV

El notario observó el documento que la mujer —la más hermosa mujer que había visto nunca—, le tendía a través de la mesa.

—¡Ejem! Veo que arregló usted el asunto por los pelos, señorita Taylor —susurró—. Yo creí que iba a agotarse el plazo sin que…

—¿Sin que me casara?

—Eso es.

Lena Taylor sonrió burlonamente.

—Pues ya lo ve, se ha equivocado. Yo consigo siempre lo que me propongo. ¿Hay ahora algún inconveniente para que entre en posesión de la herencia?

El notario releyó el documento acreditativo de la boda, convenciéndose de que era legal y de que no había sido alterada la fecha.

—Ningún inconveniente —reconoció.

—En tal caso deberá hacer constar que se ha cumplido la condición exigida y que puedo tomar legalmente posesión de la herencia.

—Por supuesto. Una vez yo extienda ese documento, lo llevará usted al Registro y lo hará inscribir para mayor garantía. ¿Cuándo quiere tenerlo a su disposición?

—Mañana mismo.

—Es usted una mujer decidida, ¿eh, señorita Taylor?

—Siempre he estado orgullosa de no detenerme ante nada ni ante nadie, si es eso lo que quiere decir.

El notario carraspeó otra vez. ¡Diablos de mujer! Si él tuviera unos años menos…

—¿Sabe que va usted a convertirse en la propietaria más importante de Oklahoma, señorita Taylor? Sólo Stimpson, que tiene

un rancho similar, podrá compararse con usted.

—Pronto no podrá compararse —dijo Lena apretando los labios —. Pronto no podrá hacerlo, se lo aseguro.

—¿Por qué? —preguntó el notario.

Y Lena replicó sin despegar apenas los labios:

—Por una razón muy sencilla. Porque pronto uniremos nuestras propiedades. Dentro de unos días voy a casarme con él.

Capítulo V

Las inmensas dependencias de Rancho Taylor estaban adornadas aquella mañana como jamás lo estuvieron desde que el rancho fue fundado, cincuenta años atrás, cuando aquellas llanuras estaban solamente habitadas por tribus de indios salvajes.

Flores traídas especialmente de la lejana Nueva Orleáns adornaban todos los rincones del rancho, incluso los dormitorios de los peones. Éstos habían protestado porque el detalle les parecía cursi, pero cambiaron de opinión cuando empezaron a ser descargados los barriles de *whisky* y se les entregaron un par de ellos como anticipo.

Había también banderas en todas partes, y los edificios, habitualmente polvorientos a causa del trasiego de ganado, relucían de puro limpios.

No era esto solo.

Al personal se le había dado un extraordinario consistente en tres pagas mensuales, y licencia absoluta para comer y beber lo que quisiera en las cocinas del rancho. Lena Taylor había querido hacerlo todo a lo grande el día de su boda.

Había, por tanto, más de cien peones y vaqueros semi borrachos aquel día, pues a los de Rancho Taylor se habían unido los de Rancho Stimpson. El jolgorio era total, y eso que aún no había empezado la gran comilona.

En la parte destinada a los invitados selectos, el ambiente no era tan ruidoso.

Lena había habilitado el edificio principal, adornándolo con un gusto exquisito y un lujo digno de una corte de la realeza europea. Ese lujo era más notable en la gran sala donde había de celebrarse la ceremonia y en el inmenso comedor donde se celebraría el

banquete.

Como aún estaba reciente el luto por su padre, Lena Taylor no había querido incorporar a su persona el lujo y la esplendidez de que había dotado al rancho. En este sentido había sido modesta.

Llevaba un vestido blanco pero más bien discreto, sin cola, y con un velo que le cubría hasta la mitad del rostro, dejando al descubierto los labios rojos tentadores y mórbidos que, según presumía, ningún hombre había besado jamás.

¿Ni siquiera el novio?

Bueno, eso era lo que comentaba mucha gente.

El novio, Fred Stimpson, debía tener unos treinta años, y era el único ranchero que podía competir en riqueza con los Taylor. Él también acababa de heredar poco antes y estaba seguro de ser una gran inteligencia, el hombre más listo de la comarca. Lo cierto era que no se sabía si era tonto o listo, trabajador o vago, porque en la vida se lo habían dado todo hecho y jamás había tenido precisión ni de trabajar ni de pensar.

Iba vestido con levita y pantalón oscuros, camisa muy bien almidonada y botas brillantes como un espejo.

Estaba esperando en la gran sala a que apareciese la novia, en compañía del juez. Como era costumbre en Oklahoma, primero había de realizarse el matrimonio civil, y a continuación el eclesiástico.

Cuando Lena Taylor, la novia, apareció en las grandes escaleras que daban a la sala, se hizo en ésta, repleta de invitados, un silencio lleno de admiración y de respeto.

El órgano, instalado en el vestíbulo contiguo, empezó a lanzar las lentas y solemnes notas de una marcha nupcial.

Lena Taylor descendió pausadamente, realzando cada movimiento, consciente de la admiración que despertaba en los hombres y las oleadas de envidia que levantaba en las mujeres.

¡Qué diferencia de esta boda a aquella otra, la unión sórdida entre ella y un condenado a muerte, celebrada en el vestíbulo de una cárcel!

Cuando se emparejó con su prometido y el órgano dejó de sonar, los comentarios empezaron a deslizarse sigilosamente. La mayor parte de esos comentarios eran de admiración para la novia, pero algunos resultaban malintencionados y recelosos.

—Ese hombre, Fred Stimpson, creerá que hace un gran negocio uniendo los dos ranchos, ¿no? ¿Es que no ha pensado que lo van desposeer de todo porque la que mandará será realmente ella?

—No, no lo ha pensado. Yo creo que ni se acuerda de que tiene un rancho. En realidad, está embobado con Lena Taylor y no piensa en nada más. No hay más que ver cómo la mira.

—Cierto. Se le cae la baba.

—Para cazarlo, ella no tuvo ni que mover un dedo. Hace un par de semanas Lena Taylor llegó aquí después de su viaje a Denver y no se le conocía novio. De pronto decidió: «Voy a casarme con Stimpson». Le invitó a una fiesta y todo hecho.

—Pero antes la habían pretendido muchos hombres y, sin embargo, ninguno se decidía a dar el paso definitivo. ¿Por qué? No logro entenderlo.

Uno de los dos hombres que hablaban explicó en voz más baja:

—Ésa es una historia triste y sórdida. Ya se sabe que el padre de Lena exigió que ésta se casara antes de entrar en posesión de la herencia, quizá porque pensaba que una mujer sola no podría administrar un rancho tan enorme. Para el caso de que ella no cumpliera esta condición, el heredero sería Bradley, el capataz y administrador general.

—¿Y qué ocurre con él?

—Lo sabe todo el mundo menos la propia Lena Taylor. Bradley y sus hombres amenazaban de muerte a todos los que se acercaban más de dos veces a la chica. Como no hablaban en broma y casi todos los pretendientes eran hombres ricos que tenían mucho apego a la vida, ninguno de ellos estaba dispuesto a jugarse el pellejo por una mujer. El caso es que Lena se iba quedando soltera hasta que decidió ir a buscar a un hombre bien lejos de aquí, en el Territorio de Colorado.

—Entonces ya está casada…

—No.

—¿Cómo qué no?

—Es viuda.

—¿Eeeeeeh? ¿Tan pronto?

—Su marido era un condenado a muerte. Lo han ejecutado ya.

—¡Diablos!

Los rumores se acallaron cuando el juez se acercó a la pareja,

siendo sustituidos por un expectante silencio.

El juez susurró al oído de Lena:

—Usted me prometió que hoy tendría el certificado de defunción de su primer esposo. Como sabe, ese requisito es indispensable para que yo pueda casarlos legalmente.

—Envié a dos hombres por distintos caminos para que lo obtuvieran. Ninguno de ellos ha regresado aún, cosa que no me explico.

—Comprenda que…

Lena Taylor sonrió encantadoramente.

—No podemos aplazar la boda, juez. ¿Se ha dado cuenta de la gran cantidad de personas que hay invitadas y de lo importantes que son algunas de ellas? El certificado lo tendrá, de eso no le quepa la menor duda. Usted mismo leyó en el documento de mi primer matrimonio que el marido estaba condenado a muerte y que la sentencia se ejecutaría inapelablemente cuarenta y ocho horas después. ¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Sí, claro…

—Entonces, ¿a qué espera? El juez carraspeó.

Fred, el novio, carraspeó también.

—Perdona, Lena —preguntó con voz que era apenas un susurro —. Ya me has explicado las razones que te movieron a esa boda; pero… ¿es seguro que ese tipo ni siquiera…, ejem…, ni siquiera te besó?

—Quiso hacerlo, pero le dejé los diez dedos marcados en la cara.

Fred Stimpson sonrió levemente.

El juez empezó:

—Señoras, caballeros… Estamos aquí reunidos para unir en matrimonio a esta feliz pareja con cuya hospitalidad nos honramos. Según las leyes de este Estado, es necesario que ambos cónyuges sean solteros o viudos, que manifiesten su conformidad libres de toda coacción y que al menos dos testigos firmen el acta correspondiente. ¿Quiénes son los testigos, señores?

Bradley, el capataz y administrador general, se adelantó. Lena Taylor había querido que precisamente él fuera testigo en aquel acto para que le doliera aún más el fracaso de todos sus planes. También se adelantó un tío del novio que aquel año se presentaba para las elecciones a gobernador.

—Perfecto —dijo el juez—. Y ahora hago saber a todos que, habiéndose convenido el matrimonio entre Fred Stimpson y Lena Taylor, aquí presentes, la ley exige que si alguien conoce algún impedimento que haga imposible o ilegal esta boda, debe manifestarlo. Carraspeó y preguntó en voz más alta:

—¿Algún impedimento?

Nadie dijo nada. ¿Qué iban a decir? Si había algún impedimento, éste no estaba a la vista, y aunque lo estuviera nadie iba a proclamarlo para ponerse en contra de las dos personas más ricas e influyentes de la comarca.

El juez dijo tras un carraspeo:

—Siendo así puedo conti…

Pero la verdad fue que no pudo. En aquel instante una voz estentórea gritó al fondo de la sala:

—¡No siga! Esta boda no puede celebrarse. ¡Quieto…!

CAPÍTULO VI

Todos los rostros se volvieron hacia la puerta. Muchas cejas se arquearon incrédulas y muchos ojos miraron desorbitados al extraño tipo que acababa de aparecer en el umbral de la sala.

Era un hombre joven, atlético, de piel morena y cabellos color rubio paja. Iba vestido con cazadora larga de piel y pantalones tejanos, pero todo muy sucio y arrugado, como si no se hubiera quitado aquella ropa al menos en quince días. Llevaba cinto y dos revólveres, seguramente robados en sitios distintos, pues uno era un «Colt» y el otro un pequeño «Derringer».

Quizás en el campo, entre los vaqueros, aquel extraño desconocido no hubiese llamado tanto la atención, pero en el grupo de elegantes invitados su presencia resaltaba como la de un gato negro en una habitación llena de selectos gatos blancos.

Lena Taylor miró a aquel hombre con ojos desorbitados, mientras sus labios temblaban intensamente.

Sin embargo, y con una admirable sangre fría, fue la primera en reaccionar. Preguntó mirando al recién venido:

—¿Quién eres tú, piojoso? ¿Por qué interrumpes la ceremonia de mi boda? ¿O es que tal vez has bebido ya más que los otros?

El hombre apretó los labios.

—No he bebido una gota.

—¡Entonces lárgate y que te den un barril entero! ¡A lo mejor así despiertas, imbécil! Nadie se sorprendió ante el violento lenguaje de Lena, porque todos conocían su energía. Pero el que menos pareció sorprenderse fue el recién llegado.

—¿Acaso ya no me conoces? —preguntó.

—¿Conocerte yo…? —mintió fríamente Lena.

—¡Sí! ¿Quién es? —saltó Fred Stimpson rabiosamente—. ¡Diga

quién es o márchese de aquí, rata asquerosa!

—Soy el marido de esa muñeca.

Un murmullo que era más bien un grito de asombro se levantó en la sala. Todos volvieron la cabeza sin saber a dónde mirar, si a la novia roja como una amapola o al recién llegado, moreno de piel como un indio. El juez sintió un escalofrío. Fred Stimpson lamentó en aquel momento no llevar sus revólveres.

—¡Oiga…! —aulló—. ¡Maldito embustero!

—Me llamo Bruce Cardigan —añadió el recién llegado con voz calmosa—, y mi nombre debe hallarse sin duda en algún documento que se encuentra en poder del juez. Diga, compadre —ahora miraba al juez solamente—. ¿Es eso cierto o no?

—Yo…, pues… verá… Necesitaría consultar.

—¿Es cierto o no?

—Bueno… Tal vez…

Todos estaban asombrados. Nadie se atrevía ni a respirar. Otra vez fue Lena Taylor quien, con su fantástica sangre fría, recobró antes la serenidad necesaria.

Comprendió que resultaba inútil fingir por más tiempo que no reconocía a aquel vagabundo. Su nombre figuraba en los documentos del notario, que era precisamente uno de los invitados a la boda. En cambio, aquello tenía otra salida más fácil.

—¿Reconoces que te llamas Bruce Cardigan? —preguntó al joven.

—Eso he dicho.

—¡Entonces reconocerás también que eres un condenado a muerte!

—No lo niego.

Lena le señaló ásperamente.

—¡Hay que prenderlo! ¡Está condenado por un delito federal, puesto que perteneció a la pandilla de Quantrell[1] y, por tanto, puede ser ejecutado allí donde se le aprese! ¡Pido que este hombre nos muestre a todos su certificación de indulto o acabe en la cuerda!

Demasiado sabía ella que Bruce no podía haber sido indultado. Vio que el *sheriff*, único que llevaba armas en la ceremonia, ponía sus manos sobre los revólveres.

—A ver, forastero —dijo secamente—; muéstrenos esa

certificación.

—No tengo ninguna.

—¿Reconoce entonces que está condenado a muerte por un delito federal?

—Sí.

La franqueza del recién llegado era tan asombrosa que el mismo *sheriff* grujió espontáneamente:

—¡Está loco!

—Siempre lo he estado un poco, *sheriff*.

—Mi obligación es preguntarle si sabe a lo que se expone con esta confesión. Puedo hacerle ejecutar inmediatamente.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué infiernos ha venido?

—Soy el esposo de Lena Taylor.

—Eso no cambia las cosas.

—Sí que las cambia, *sheriff*. Hasta que yo sea ahorcado, esa mujer me pertenece en cierto modo.

—¡Está loco! —explotó Lena.

—No lo estoy —dijo suavemente Bruce—. Y en realidad pido bien poco. No voy a solicitar ni siquiera un vaso de agua de tu maldito rancho. Sólo quiero decirte antes de morir que yo no soy un juguete para nadie. Y voy a pedirte el beso que me negaste o a devolverte los dos golpes que me regalaste tan espléndidamente. Elige.

Ella se estremeció.

—*¡Sheriff!* —gritó—. ¡No podemos perder más tiempo con él! ¡Es un asesino condenado a muerte! ¡Cumpla con su deber!

El de la estrella fue a sacar las armas, pero Bruce hizo entonces un suave movimiento con la mano derecha.

Pese a la inactividad en la cárcel, no había perdido práctica. Tiró con el «Colt» sin sacarlo de la funda, y dos balas astillaron matemáticamente las armas del *sheriff* antes de que éste llegase a tocarlas.

Pero aquellos disparos no fueron más que la señal para que la tempestad se desencadenase.

Fuera había algunos vaqueros semi borrachos que no habían prestado demasiada atención al principio a aquel forastero que parecía ir a pedir un poco de comida. Pero ahora, al oír los

disparos, se lanzaron todos en tromba hacia la puerta.

Muchos de ellos llevaban armas y las desenfundaron velozmente. Bruce comprendió que le acribillarían allí mismo.

Después de su fuga había cumplido la promesa que hiciera al viejo John en el sentido de no matar a nadie. Ahora iba a serle difícil seguir haciéndolo si quería conservar la piel.

Sin dudar un momento corrió hacia una de las puertas interiores, que daban al resto de la casa. Se sintió aturdido al ver la magnificencia y el lujo con que estaba montado todo.

¿Qué clase de diabólica mujer le fue a elegir a él a la cárcel de Denver? Con tantos condenados a muerte como existían, ¿por qué había ido a elegirle?

Pero ahora no podía pensar en eso.

Subió al primer piso, mientras abajo se oía un fenomenal estrépito. Sin duda los vaqueros entraban ya persiguiéndole, y quizás el *sheriff* había llamado a sus hombres. Se lanzó en tromba contra una de las ventanas que daban a la parte trasera de la casa y la hizo astillas con el peso de su cuerpo.

Cayó sobre unos establos y desde allí al suelo.

Comprendió que tenía que huir por el momento, ya que había cometido una locura al llegar hasta allí sin pensar en las consecuencias. Pero al mismo tiempo quería tener una conversación con la dueña de todo aquello, y para eso necesitaba estar cerca.

Tuvo una idea.

Entró en el establo, donde había seis caballos, y los desató a todos rápidamente. Luego abrió la puerta y disparó varias veces al aire. Los animales, asustados, salieron en grupo y huyeron disparados como flechas hacia la llanura.

Lo que se esperaba se produjo.

Mientras él estaba oculto tras una gran pila de paja, en el mismo establo, los vaqueros llegaron corriendo a la parte posterior de la casa y vieron el apretado grupo de caballos que se alejaba de allí. Todos tuvieron la misma idea.

—¡Huye a caballo!

—¡Seguro! Pero de todos modos no se le ve…

—¡Va casi colgado de la tripa de uno de los corceles para que no podamos dispararle, imbécil!

—¡Hay que perseguirle!

—Son los animales más rápidos del rancho y van sin peso. ¡De todos modos los alcanzaremos!

El grupo de vaqueros se dirigió a otro establo a toda velocidad, en busca de monturas.

Bruce lanzó un suspiro.

Detendrían a los caballos fugitivos, sin duda, pero siempre pensarían que tal vez se había lanzado en marcha aprovechando un desnivel del terreno, y seguirían buscándole como locos durante horas y horas.

Se dispuso a esperar las primeras sombras de la noche.

CAPÍTULO VII

Con el crepúsculo, los jinetes que habían salido en su persecución volvieron desalentados. Bruce oyó sus voces a través de las paredes del barracón, desde su escondite.

—Ha tenido que lanzarse en marcha forzosamente —decía uno de ellos—. Pero lo ha hecho con una endiablada habilidad.

—No olvides que todos los hombres de Quantrell eran espléndidos jinetes. Ése no iba a ser menos.

—Pero ¿por dónde ha podido ocultarse? Hemos batido toda la zona.

—Toda la zona menos el sitio más importante.

—¿Cuál?

—La ciudad de Oklahoma City, que es la más próxima.

—Diablos, si ha ido allí habrá tenido que entendérselas con el *sheriff*. No se arriesgará.

—¿Y no se ha entendido aquí ya con él? ¿No le ha enviado los dos revólveres al infierno?

—Es distinto. En Oklahoma City, el *sheriff* tiene a todos sus hombres y puede acorralarle fácilmente. Lo único que puede buscar un fugitivo como ése es el campo abierto.

En aquel momento se oyó la voz de Lena Taylor.

—¿Nada? —preguntó.

—Nada, *miss* Taylor.

—Pero un hombre no puede desaparecer como si lo tragara la tierra. En esta zona no hay montañas. ¡Todo es llanura, y en la llanura no hay apenas escondites!

—No debe olvidar que ese tipo cabalgó con Quantrell y que aprendió a esconderse en cualquier sitio, *miss* Taylor.

La voz de la muchacha resonó con desprecio.

—Lo que ocurre es que estoy rodeada de inútiles. Podéis ser muy buenos disparando, pero sois incapaces de seguir el rastro de un hombre. ¡Ni el rastro de una manada sabríais encontrar! Pero mañana por la mañana partiréis de nuevo y daréis otra batida. Si ese hombre no aparece va a haber despidos en el rancho, os lo juro. Y ahora podéis retiraros a descansar. Mañana necesitaréis estar frescos.

Los hombres gruñeron sordamente, pero terminaron alejándose. Se oyeron distanciarse sus pasos en dirección a los barracones. La borrachera se les había pasado por encanto, y la mayoría estaban rabiosos. Bruce oyó también alejarse los pasos más breves de Lena, a la que reconoció por su elegante taconeo.

Todavía aguardó una hora más, hasta que el silencio se hizo absoluto en el rancho. Luego recargó en el «Colt» las dos balas que faltaban y salió poco a poco, encaminándose hacia el edificio donde suponía había de estar el dormitorio de Lena.

Todas las colgaduras y todos los adornos habían sido retirados ya. La mesa del banquete estaba intacta, señal de que no se había celebrado. A Bruce le supo mal por los invitados. Ellos no tenían la culpa.

Ascendió lentamente por las escaleras alfombradas, y a mitad de las mismas oyó bajar a alguien. Se pegó a la pared, a una zona de sombras. El que descendía era un tipo armado con un rifle.

«Vigilan esto mejor que un Banco», gruñó para sí.

Su intención era dejar pasar al individuo, pero, cuando casi estaba junto a él, éste le vio. Fue a lanzar un grito y entonces Bruce movió la mano derecha. El golpe, propinado de canto contra la nuca, hubiese liquidado a un toro. Al guardián le hizo perder el conocimiento, proyectándolo hacia adelante. El dedo que iba ya a cerrarse sobre el gatillo quedó crispado a mitad de camino. Bruce movió entonces el brazo izquierdo y sostuvo al hombre antes de que éste cayera.

Silenciosamente, le ató pies y manos con su propio cinturón y le amordazó con su pañuelo, cargándoselo a hombros y dejándolo detrás de una gran butaca, donde no podía ser visto. Luego siguió ascendiendo.

La puerta más lujosa correspondía al dormitorio de Lena, seguramente. Y no estaba cerrada con llave.

Bruce la empujó suavemente y entró.

Había un bulto en la lujosa cama, lejos de la ventana por donde entraba la claridad de la luna.

Lena. La maldita Lena Taylor. Bruce se acercó allí, sin hacer ruido.

Y en aquel momento sintió el contacto frío del cañón de un revólver clavándose en su espalda.

—Quieto, cariño. Era la voz de Lena.

Bruce se estremeció, mordiéndose los labios con tanta fuerza que se hizo sangre en ellos. Había sido un estúpido al no suponer que aquel bulto inmóvil en el lecho podía formarlo una almohada bien puesta. Un estúpido al no imaginar que el truco que él empleó para huir de la cárcel podía emplearlo Lena para darle caza.

—¿Es que me esperabas? —susurró.

—Te he visto avanzar desde la ventana. Venías con muchas precauciones, pero no conoces bien el rancho ni la distribución de los sitios desde donde se puede vigilar a un hombre. La suerte de los granujas no dura cien años.

—¿Y por qué no has dado la alarma? ¿No tienes bastantes hombres para darme caza?

—Quería tener el gusto de atraparte por mí misma, sin ayuda de nadie. No te des tanta importancia.

—¿Por qué no disparas?

—Ahora mismo voy a hacerlo, cariño.

—Quieres que sea cierto lo de tu viudez, ¿no?

—Va a ser cierto dentro de un segundo.

Bruce comprendió que ella iba a disparar. Era una mujer decidida a todo, peligrosa como un reptil. No vacilaría en apretar el gatillo.

Pero Bruce no era un novato.

Conocía un truco para salir de situaciones como aquélla, un truco que le habían enseñado los hombres de Quantrell. Había que jugarse el todo por el todo, pero ¿qué importaba ya? Se volvió rapidísimamente, con las manos medio alzadas, y descargó la derecha sobre la muñeca de su enemiga. El gesto fue hecho con tal maestría, y Lena estaba tan lejos de esperarlo, que ni siquiera tuvo tiempo de disparar. El revólver, un pequeño «Colt» de cañón recortado, cayó blandamente sobre la alfombra.

Bruce dio un puntapié al arma y la envió lejos, mientras a su vez desenfundaba el «Derringer».

Ella, sin vacilar, fue a clavarle las uñas en los ojos, pero Bruce la envió de un empellón contra uno de los sillones, donde Lena quedó medio tendida y con las piernas al aire.

A pesar de que el espectáculo valía la pena, Bruce no desvió la mirada del rostro de la muchacha.

—Más vale que te estés quieta, muñeca. La situación ha cambiado.

—Eres un…, un…

—Soy un condenado a muerte. ¿No fue eso lo que tú compraste?

Lena respiraba agitadamente, y la furia contenida hacía que sus labios temblasen.

—¿Qué piensas hacer? —musitó—. ¿Para qué has venido al rancho después de fugarte?

—Simple curiosidad. Quería saber cómo vivía la mujer que me compró. Y aparte eso…

—Aparte eso quieres matarme, ¿no?

—No. Yo no mato mujeres.

—¿A qué… has venido…, entonces?

—A esto.

Bruce avanzó, sujetó a la muchacha por el vestido, desgarrándoselo, y a la fuerza la puso en pie. Ella no intentó resistirse. Sólo cuando comprendió que iba a besarla intentó esquivarle golpeándole el pecho con todas sus fuerzas. Pero fue inútil.

—Gri… ta… ré.

—Si gritas te clavo un balazo.

—¡Canalla!

Mientras ella le insultaba, él la besó. Fue un beso áspero, ultrajante y doloroso para la muchacha. No fue un beso largo, pero ella tuvo la sensación de que lo recordaría durante toda su vida. Cuando la soltó, estaba pálida como una muerta y volvió a caer en el mismo sillón, sin fuerzas.

—Ca… na… lla —repitió.

—Ningún hombre te había besado, ¿verdad?

—Ninguno.

—Se nota.

Ella le miró con ojos brillantes, que destilaban odio.

—Lo que me extraña es que no te haya besado ni ese mequetrefe con el que ibas a casarte —susurró Bruce.

—No se lo consentí.

—Claro. Tú eres una reina…

—Y tú un miserable. Si no llegas a amenazarme con ese revólver te juro que no me tocas.

Bruce sonrió levemente, mientras sopesaba el pequeño «Derringer» en los dedos de su mano izquierda.

—Otro día debes arriesgarte —musitó—. Este «Derringer» no funciona. Cuando lo robé estaba ya convertido en un cacharro, pero al menos sirve para meter miedo.

Lena no quería soportar que, encima, él se hubiese estado burlando. Dijo con desprecio:

—¡Mientes!

Bruce se apoyó el cañón en la sien.

—¿Por qué había de mentir, muchacha?

Apretó el gatillo, y el percutor hizo un «tlic», pero quedó a mitad de camino. La bala no se disparó.

Bruce guardó lentamente el «Derringer» y en ese momento Lena fue a arrojarse sobre él, pero la detuvo con un suave gesto.

—Cuidado, muchacha. El otro sí que dispara. El *sheriff* ya tuvo ocasión de verlo, ¿no crees?

Retrocedió poco a poco hacia la puerta, sin perder de vista a Lena un solo momento. Ella no podía creer que se marchase así, sin exigir nada ni causarle ningún otro daño.

Asombrada, musitó:

—¿Te vas?

—¿Y por qué no?

—¿Es que no te das cuenta de que ansío ser la mujer más rica de este Estado y para ello tengo que casarme con Stimpson? ¿Es que no comprendes que para casarme con él tengo que matarte antes?

—Gracias por advertirme, muchacha. ¿Sugieres con ello que lo que yo tendría que hacer sería matarte a ti?

Ella apretó los labios sin responder, mientras sus ojos, ahora, le miraban con una extraña indiferencia, como si estuviera ya muerto.

—Repito que no mato mujeres —dijo él en voz baja—. Ya he conseguido de ti lo que quería y me considero en paz. Si tú no me

molestas, yo no te molestaré nunca más tampoco. Y ahora sólo me queda desearte que el oro se te indigeste y que mueras del reventón. Buenas noches, princesa.

Salió, cerrando la puerta suavemente, mientras ella quedaba muy quieta, sin atreverse a moverse ni a respirar, atónita.

Cinco minutos después, y a pesar de toda su sangre fría, aún no había sido capaz de moverse de la butaca.

Para Bruce no fue difícil salir del rancho, pues todo el mundo descansaba según las órdenes de Lena. A pesar de que había cuatro o cinco vigilantes en los puntos estratégicos, los esquivó.

Lena podía haber dado la alarma, pero ella misma comprendió que sería inútil. A un zorro como Bruce no lo hubieran podido cazar de noche, ni aun habiendo luna.

El joven fue hacia unas charcas situadas a dos millas de allí, donde a veces se reunía el ganado para abrevar.

Sabía que alguno de los caballos fugitivos iría allí por instinto. Los vaqueros no debían haberse molestado en capturarlos, pues sabían que no iban a salir de los límites del rancho.

En efecto, se encontró con uno de los corceles, que bebía.

Acercándose a él sin asustarle, bebió un largo trago junto a las patas del animal y luego le acarició suavemente el cuello. Después, cuando supo que el corcel no opondría resistencia, lo montó y lo hizo trotar con suavidad hacia Oklahoma City.

La ciudad, grande y próspera, estaba situada a unas quince millas del rancho. Bruce llegó a medianoche. Sabía que era peligroso estar allí, pero tenía en la ciudad un asunto que resolver.

Fue al hotel Houston, un edificio modesto, de dos pisos, donde solían parar pequeños comerciantes que se dirigían al Este. Allí preguntó si había llegado ya la señora Patrick. A pesar de que el conserje le miró recelosamente, terminó examinando el libro registro.

—Sí. Ha llegado en la diligencia esta misma tarde.

—Quiero verla.

—¿Se da cuenta de que es medianoche?

—Ella no pondrá inconvenientes, créame.

—¿Por qué?

—Es mi madre.

El conserje hizo un gesto como si quisiera decir: «Una cochina

india», pero al fin masculló:

—Habitación número ocho.

—Gracias.

Bruce subió por la crujiente escalera y llamó con los nudillos. Nadie le respondió en la habitación número ocho.

Extrañado, empujó. La puerta estaba abierta.

Dentro, todo aparecía en orden, pero su madre no estaba allí.

«Quizás habrá salido», pensó, disponiéndose a esperar.

Pero Bruce esperó allí toda la noche, sin que su madre apareciese.

CAPÍTULO VIII

Cuando la doncella negra que solía servir el desayuno a Lena subió a la habitación de ésta, encontró a la muchacha muy pálida, pero ya vestida con traje de amazona y en disposición de emprender la marcha.

—¿Qué le pasa, señorita Taylor? Si ha amanecido hace poco…

—No he podido dormir.

—Claro —dijo maliciosamente la negra, enseñando sus inmaculados dientes—. Como ésta tenía que haber sido su noche de bodas…

—¡Cállate!

—Sí…, sí, señorita.

La orden de Lena había sido tan tajante que no admitía réplica.

—Vete a avisar a los Toward. Necesito hablar con ellos —añadió secamente—. ¡Vamos, pronto!

—Enseguida…, señorita.

La doncella negra dejó el desayuno sobre una mesa y salió corriendo de allí. Encontró a los Toward desayunando juntos en una mesa aparte que se les había puesto en el comedor de los vaqueros. Iban vestidos de negro, como siempre. La doncella se preguntó si aquellos tipos habrían vestido alguna vez de otro color y si se habrían separado algún día. Siempre iban juntos a todas partes, bebían juntos y seguramente mataban juntos también.

—*Miss* Taylor quiere verles —anunció—. Enseguida.

Número Uno dijo secamente:

—Que se espere. No hay prisa.

—Está en su dormitorio.

—Bueno, eso es distinto. A lo mejor vale la pena verla.

Pero no valía la pena, al menos en el sentido que los Toward

esperaban. La habían visto vestida de amazona docenas de veces. Al entrar en el dormitorio hubo en sus ojos un mismo brillo de decepción.

—¿Hemos de salir ya? —preguntó Tres.

—Sí; pero no vamos a ir por la llanura.

—¿Adonde, pues?

—A Oklahoma City.

—¿Es que aquel loco está allí?

—Estuvo aquí anoche.

La más viva sorpresa se reflejó en el rostro de los Toward. Parpadearon los cuatro a la vez, y luego sus ojos volvieron a parecer de hielo.

—¿Aquí? —preguntó Dos.

—Sí; os dio esquinazo mientras lo buscabais por la llanura. Ese tipo es hábil como un zorro, y para acabar con él hay que organizar una verdadera cacería. Pero ahora está en Oklahoma City. Ha de estar allí.

—Un momento —preguntó Tres—. ¿A qué volvió ese tipo? ¿Qué era lo que quería de usted?

Lena no vaciló en contestar:

—Besarme.

—¿Be… sarla?

Hubo un brillo febril en los ojos de los cuatro hombres. Seguramente imaginaban la escena, añadiéndole además todos los detalles que su imaginación les daba a entender. Tan clara fue aquella mirada que hasta Lena enrojeció levemente. Con brusquedad añadió:

—Pero no consiguió nada.

—De todos modos —dijo Uno—, al tipo no le falta buen gusto.

—Eso no es cosa vuestra.

—Claro, claro…

—Vamos a ir los cinco a Oklahoma City. Es decir, vosotros cuatro y yo. Hay que dar con ese hombre… y matarlo.

—No se busque trabajo. Bastará con que le diga al *sheriff* que él está allí. El *sheriff* se la guarda.

—Pero sus hombres no son tan rápidos como vosotros, y además no van a jugarse la piel por una miserable paga. Supongo que en este condado no se os reclama por ningún delito, ¿verdad?

—Aquí ninguno.

—Entonces no hay inconveniente en que se os vea ahora por Oklahoma City. Vamos a actuar.

Uno preguntó:

—Cuando encontremos a ese tipo…, ¿hay que darle alguna oportunidad? Lena se mordió el labio inferior, pero su vacilación duró un segundo.

—Ninguna —dijo con voz seca.

—Entonces mejor. Es que nosotros, ¿sabe?, somos delicados para matar y no nos gusta que el otro se entere…

Y salieron silenciosamente.

CAPÍTULO IX

Bruce descendió silenciosamente las escaleras del hotel cuando apenas acababa de amanecer. Una claridad turbia y gris venía de la calle desierta a través de la entrada.

El conserje de noche se despabiló.

—Oiga —dijo—, lo de su madre ha sido una excusa para quedarse a dormir. Y a mí trucos no, amigo. Tendrá que pagar el hospedaje de una noche o avisaré al *sheriff*.

Enmudeció al ver la huella fría, mortal, que la noche había dejado en los ojos de Bruce Cardigan.

Éste se aproximó poco a poco.

—Avise si quiere al mismísimo diablo —dijo—. Por mi parte no me niego a pagarle una noche de hospedaje… pero tendrá que aguardar a que tenga dinero. Y ahora una pregunta: ¿Quién vino a buscar a mi madre?

—No vi a nadie. ¿No estaba arriba?

—No.

—Hum… Hay otra escalera al fondo del pasillo, la que da al almacén de mercancías, y pudieron obligarla a salir por allí.

—¿Quiénes?

—Yo… no sé nada.

Bruce sujetó por las solapas al conserje y, sin ningún esfuerzo, lo levantó a pulso. El hombre se encontró a menos de media pulgada de aquellos ojos fríos y que presagiaban muerte. Vio que no pasaba por la calle nadie que pudiese ayudarle.

—Le conviene saber —dijo—. ¿Quién vino a visitar a mi madre?

—No me llamaron la atención… Hasta lo había olvidado. Eran dos tipos normales. Dijeron que querían verla, y un cuarto de hora después volvieron a bajar.

—¿Había algo que pudiera distinguir a esos tipos?

—No sé… No me fijé bien, créalo… Tal vez que uno tenía la nariz muy aplastada a causa de haber recibido muchos golpes en ella. Algo así como los que se dedican a ese nuevo deporte llamado boxeo, ¿sabe?

Bruce soltó al conserje poco a poco.

Y salió del hotel.

No era seguro, pero posiblemente aquella nariz de que le hablaba el conserje la había aplastado él seis meses atrás, cuando empezó a cabalgar con el grupo de Quantrell. Y si estaba en lo cierto, sabía dónde encontrar a aquel tipo.

Vio a un vaquero que venía hacia él en dirección contraria, con cara de sueño, y le detuvo.

—¿Dónde están las mujeres más bonitas de la ciudad?

El otro se quedó de piedra.

—Hombre, a estas horas…

—Quiero decir dónde suelen estar normalmente, cuando son visibles.

—Diablos, usted debe estar colado. ¡Buscar una mujer a las siete de la mañana…! Pero, en fin, vaya a aquella casa. —Le guiñó un ojo —. Es un lugar pintoresco, ¿sabe? Un sitio de ésos donde a nadie le preguntan nada. La mayoría de las chicas del Red Saloon duermen allí.

Bruce se dirigió a la casa en línea recta.

En el vestíbulo solo había una vieja bruja que dormía roncando desacompasadamente. Sin hacer ruido, Bruce subió. Una vez arriba vio ocho puertas. Dio un puntapié a la primera, abriéndola. Los que estaban dentro ni siquiera se despertaron.

Hizo lo mismo con la segunda. Una mujer rubia teñida abrió primero un ojo y luego los labios para decir:

—¡Vete al infierno!

La tercera puerta no tuvo necesidad de abrirla. Un tipo con la nariz aplastada apareció por ella.

—¿Quién diablos…? —Gruñó.

De pronto vio a Bruce. Se encontró con la llama helada de sus ojos, que presagiaban muerte. Abrió mucho la boca, como si fuera a decir algo importante, y sólo pudo balbucir:

—¡Tú…!

—Sí, soy yo mismo, Champion. Celebro verte tan contento y en tan buen estado de salud. Verás, quisiera darte un regalo.

—¿Tú un regalo a mí? ¿Acaso una nariz nueva…?

—No, amigo. Unas onzas de plomo.

Champion palideció. Sus labios temblaron espasmódicamente.

—Oye, Bruce, yo…, todas nuestras cosas ya han pasado. No hay nada pendiente, que yo recuerde. ¿Qué te he hecho?

—¡Oh, poca cosa! Tú declaraste en el juicio contra mí diciendo que había cabalgado voluntariamente con el grupo de Quantrell, cuando sabías que no era cierto. Me obligasteis a ir con vosotros cuando llevé alimentos y medicinas a mi hermano, que formaba parte del grupo.

—Bueno, Bruce, aquello ya pasó…

Debajo de la nariz aplastada, los labios seguían temblando.

—También dijiste que yo había violado a una mujer, cuando en realidad eras tú el culpable. Tú y Labian. Le habías tapado la cara con un saco y no pudo reconocer a nadie. Me acusó a mí como hubiera podido acusar a cualquier otro.

—Bruce…, ¿por qué recordar todas aquellas cosas? Yo lo hice para defenderme, como seguramente habrías hecho tú. Estás libre, ¿no? Nadie te ha colgado de una cuerda. Pues borrón y cuenta nueva.

—En efecto, Champion. Cuenta nueva. Voy a contar hasta cinco.

—Bruce, tengo dinero… Te daré cien dólares…

—¿Hay una mujer ahí dentro?

—Sí. Puedo cedértela si te pare…

—¿Con qué dinero has armado la juerga? Tú siempre estabas sin blanca. Dime: ¿con qué dinero?

—No es cosa que pueda afectarte a ti, Bruce… Caramba, eso te lo juro. Se trataba de una cochina india. Llegó en la diligencia, fue al hotel y nosotros la vimos desde la puerta. Para pagar por anticipado la habitación, sacó un fajo de billetes donde había casi mil dólares. Labian y yo decidimos actuar. Subimos a su habitación, la amordazamos y la sacamos por la escalera de servicio sin que nadie nos viera. Tenía exactamente ochocientos cincuenta dólares. Eso te lo juro, Bruce…

Bajo la cabellera rubia, los ojos de Bruce estaban quietos, espantosamente quietos. No palpitaba en ellos el menor

sentimiento, el menor signo de vida. Eran los ojos de un asesino.

—¿Qué hicisteis con esa «cochina» india?

—Le dimos un par de culatazos y la dejamos muerta. No hay peligro de que nos delate.

Trabajo limpio, ¿sabes?

—Tú también debes saber una cosa, Champion.

—¿Qué?

—Esos mil dólares se los envié yo para que viniera aquí a reunirse conmigo. La «cochina india» era mi madre.

Champion lanzó un aullido de rata acorralada. Ahora sí que comprendió que iba a morir, que nada ni nadie lograría salvar su piel.

—No puedes hacerlo, Bruce… —balbució—. No llevo armas. Estaba durmmm…

—¿Dormías? Bueno, pues continúa, hombre… Si precisamente lo que yo quiero es que te pases durmiendo toda la eternidad…

—¡Eres un asesino!

—¿Y quién dice que no?

Champion fue a caer de rodillas, en una desesperada e inútil demanda de perdón, pero en aquel momento un brillo de esperanza febril apareció en sus ojos. Fue ese brillo precisamente lo que le delató.

Bruce se dio cuenta en un instante de que había perdido demasiado tiempo hablando. Seguramente Labian estaba tras una de las puertas situadas a su espalda y había abierto mientras tanto.

Con la velocidad de una fiera rabiosa, Bruce saltó de costado al tiempo que «sacaba».

Las dos balas que le dedicaba Labian restallaron contra la pared. Champion lanzó otro chillido de rata acorralada, mientras intentaba cubrirse tras la puerta.

—¡Tu revólver, imbécil! —gritó Labian. Fue lo último que dijo.

Bruce, desde el suelo, le encañonó con el «Colt». Ante el gesto de horror del otro, que ni siquiera tenía tiempo de desviar el revólver, hizo fuego tres veces. Clavó las tres balas tan exactamente por el mismo sitio que parecieron una sola. En el centro de la frente de Labian se hizo un horrible boquete, y el tercer proyectil le salió por la parte posterior del cráneo.

Champion, mientras tanto, había entrado en la habitación en

busca de sus revólveres. Bruce fue tras él.

Cuando el otro se volvía, con el «Colt» engarfiado, encontró a Bruce en el centro de la habitación, con las piernas entreabiertas y el revólver amartillado, esperando. Otra vez Champion repitió su chillido.

—Noooo… ¡Nooooo…!

Bruce Cardigan le vació en el corazón las otras tres balas que quedaban en su cilindro. La mujer que estaba allí, una morena muy joven, hizo un gesto de fastidio.

—Oye, tú, granuja… Si sigues matando gente vas a poner perdido todo esto… Bruce dirigió una mirada a la mesilla. Había en ésta cuatrocientos dólares.

—Son tuyos —dijo—, si haces una cosa.

—Mientras no sea tocar a esos dos puercos…

—Sólo tienes que repetir ante el juez lo que has oído. Es decir, lo que este tipo dijo sobre mi intervención en la violación de una mujer y mi participación en los asaltos de la pandilla de Quantrell.

—Por cuatrocientos dólares soy capaz de declarar que mi cabello es rubio —sonrió la morena.

Se puso en pie, desperezándose, y Bruce salió de la habitación. Las otras puertas seguían cerradas, pues seguramente había tipos que querían no ser vistos. Entró en la habitación de Labian y sobre su mesilla vio otros cuatrocientos dólares.

Tranquilamente se los embolsó. Eran suyos.

La vieja bruja del vestíbulo estaba hecha un basilisco. Intentó agredir a Bruce, pero éste le introdujo una moneda de diez dólares en la boca. La bruja calló instantáneamente.

—¿Dónde hay un médico? —preguntó el joven.

—¿Es que… sólo los ha herido?

—¡Oh, no! Los de arriba necesitan un sepulturero. El médico lo necesito para otra persona, por si aún es posible hacer algo.

—En la casa contigua encontrará uno.

Bruce fue a la dirección indicada, dio un tremendo empujón a la puerta y pareció sacudir la casa hasta sus cimientos. Un hombrecillo en paños menores y con gorro de dormir abrió haciendo gestos de pánico.

—¿Qué ocurre? —balbució—. ¿Han liquidado a alguien? ¿No saben que el único que mata en esta ciudad soy yo?

—Usted es el médico, ¿verdad?

—¡Naturalmente!

—Le suplico que venga.

Para «suplicar» mejor, Bruce cogió al hombrecillo por el cogote, se lo cargó al hombro y fue con él hasta el almacén de provisiones del hotel donde pasara la noche.

Al abrir de un puntapié la puerta, le sorprendió un fuerte olor a humedad. Había allí docenas de barriles de cerveza apilados y montañas de sacos conteniendo provisiones de todas clases, además de docenas de jamones ahumados colgados del techo. Pero no era eso lo que buscaba Bruce, sino algo muy distinto.

Encontró a su madre en un rincón del inmenso almacén. Estaba de bruces en el suelo, con las manos crispadas, y un hilillo de sangre partía de su cabeza. Bruce sintió como si le dieran un mazazo en mitad de los ojos. Soltó al médico y se arrodilló junto a la mujer.

Aunque muy débilmente, de una forma casi imperceptible, su corazón latía. Bruce se volvió hacia el médico.

—Le han dado unos golpes y la han dejado por muerta, creyendo haberle fracturado la base del cráneo. Pero esta pobre mujer está demasiado acostumbrada a recibir golpes de todo el mundo, y ha podido resistirlo. Vea a ver qué puede hacer por ella. Si la salva tendrá todo el dinero que llevo encima, doctor: cuatrocientos dólares.

—Veamos… Estas indias, a veces, parece que estén hechas de piedra. —Le alzó los párpados, examinando su pulso—. Está muy mal, pero creo que podré salvarla. ¿Puede llevarla a mi casa?

—Claro que sí.

Con una delicadeza exquisita, Bruce tomó en sus brazos a la anciana, que ni aun así recobró el conocimiento. Bruce, de todos modos, estaba esperanzado pensando que quizá se salvaría, si había tenido la fortaleza suficiente para aguantar durante toda la noche. Atravesó con ella la calle, en dirección a la casa del médico, mientras algunos curiosos comenzaban a aparecer en puertas y ventanas.

De pronto Bruce miró al extremo de la calle, y sus facciones sufrieron una sacudida. Acababa de ver cinco jinetes que se acercaban al trote montando magníficos corceles.

Cuatro de esos jinetes vestían de negro y eran hombres. El otro era una amazona de líneas armoniosas. Una mujer endiabladamente bonita.

Lena Taylor y cuatro pistoleros contratados por ella. Los Toward. De sobra eran conocidos en todo el Sudoeste.

—¿Qué le pasa? —preguntó el médico—. ¿Por qué no sigue?

—Vamos a tener jaleo, doctor.

Los cinco jinetes hicieron más suave su trote, hasta dejar los caballos al paso. Se detuvieron a unas quince yardas de Bruce. Lena Taylor sonrió burlonamente.

Bruce tragó saliva. Ni siquiera había tenido la precaución de recargar el «Colt», y en cuanto al «Derringer», no funcionaba.

—Eres un hombre muy gentil —dijo Lena suavemente—. Nos has ahorrado el trabajo de buscarte. ¿De qué forma quieres morir, cariño mío?

CAPÍTULO X

Lena se había dado perfecta cuenta de que Bruce llevaba en sus brazos a una mujer herida, pero no podía verle la cara, porque Bruce la tenía apretada contra su pecho. Aquello, sin embargo, no iba a ser obstáculo para que llevase su plan hasta el fin.

—¿Cómo quieres morir, cariño? —repitió.

—No quiero morir hasta que haya dejado a esta mujer en manos de alguien que la cuide.

—¿Quién es?

—Mi madre.

Ni esa santa palabra impresionó demasiado a la muchacha.

—Yo creí que los bichos como tú no tenían madre —dijo cruelmente—. Pero no importa. No tengo nada contra ella, sino contra ti. Hasta va a ser una suerte para tu madre el que a ti te rocíen con plomo.

Extrajo de uno de los bolsillos de su camisa una pesada bolsa llena de monedas de oro, y la dejó caer a tierra.

—Recójala, doctor. Hay cerca de ochocientos dólares. Quiero que cuide a esa mujer como a la más rica y delicada de sus pacientes. Me permito pagarle los gastos yo, puesto que su hijo ya no podrá hacerlo.

Bruce apretó los labios.

—Quiero llevar yo mismo a mi madre. Cuando la haya dejado en casa del médico, saldré y me las entenderé con vosotros. Pero yo no la dejo en mitad de la calle como si fuese un perro.

—Cuando estés dentro de la casa te parapetarás en ella.

—¿Me crees tan estúpido y tan inconsciente? Parapetarme ahí y someter la casa a un cerco, significaría la muerte de mi madre.

Lena comprendió que su enemigo tenía razón. Hizo un elegante

gesto con las manos.

—Muy bien. Adentro con ella. Pero uno de mis hombres te acompañará.

Bruce echó a andar hacia la casa, dispuesto a no perder más tiempo. Ahora un solo minuto podía ser decisivo para la vida de su madre.

Lena hizo una seña a Número Cuatro.

—Tú… Síguelo.

Número Cuatro miró a sus compañeros, pero éstos hicieron un signo negativo con la cabeza. No debía disparar dentro de la casa del médico. Sería demasiado comprometido cuando el *sheriff* tomara cartas en el asunto.

El pistolero siguió a Bruce hasta que éste depositó a su madre en una de las camas. No dijo una palabra, ni sus facciones reflejaron la menor emoción. Luego, con la tranquilidad del que hace un trabajo rutinario, siguió a Bruce hasta la calle.

Lena y los otros tres continuaban quietos sobre sus caballos, mirándole indiferentes.

En la calle se había hecho un silencio mortal, tanto que el simple resoplido de uno de los caballos pareció un estruendo.

Número Cuatro montó otra vez.

—Bueno, ¿a qué esperáis? —preguntó Lena.

—No llevo el revólver cargado —dijo Bruce suavemente—. Y es costumbre en esta tierra dar una oportunidad.

—Los hombres que llevo conmigo no son de esta tierra —dijo Lena burlonamente.

—Si es así, estoy dispuesto. Pero si por milagro llegara a salir con vida tú lo lamentarías, muchacha.

Ella apretó los labios con rabia.

—Bueno…, ¡disparad!

Vio con sorpresa que Número Uno se había acercado a ella, de forma que casi rozaron los caballos. El pistolero musitó:

—No cometamos una equivocación, *miss* Taylor.

—¿Equivocación por qué?

—Las cosas no se han presentado como nosotros preveíamos. Nuestro sistema ha sido siempre trabajar sin buscarnos compromisos. Y ahora hay docenas de testigos que acreditarán que esto es un asesinato. En Oklahoma City hay un *sheriff* que

intervendrá tarde o temprano. Esto no es el desierto de Nevada.

—Si es eso —dijo Lena con desprecio—, lo mataré yo.

—No se lo aconsejo.

—¿Y quién eres tú para aconsejarme?

—Precisamente un hombre que se gana la vida matando. De eso entiendo. Vamos a liquidar a ese hombre, pero de modo que el *sheriff* no pueda reclamar.

—¿Cómo vais a hacerlo? Número Uno sonrió suavemente.

—Vamos a organizar una pelea de gran calibre en el centro de la calle —dijo suavemente—. Mataremos a ese hombre a golpes entre los cuatro, y luego diremos que se nos ha ido la mano. Nadie nos podrá culpar.

Hizo una seña a sus compañeros y desmontaron los cuatro. Bruce Cardigan los aguardó a pie firme, con los puños apretados.

Capítulo XI

—Lo siento —dijo Número Uno—. No tienes la menor probabilidad de sobrevivir. Va a ser una pelea a muerte.

—A muerte para mí, claro. No para vosotros.

—Por supuesto. Nosotros siempre hacemos los trabajos bien. Vamos a ser cuatro contra uno.

—Es decir, vais a asesinarme.

—«Asesinarte»… ¡Qué palabra tan fea! Di mejor que cuando uno mata a un hombre a golpes siempre puede explicarle al *sheriff* que no quiso hacer tanto daño, y el *sheriff* ha de creerlo. Si disparásemos ahora contra ti, tendríamos líos. De este modo no vamos a tenerlos.

Los cuatro habían descabalgado y estaban a pocos pasos de él. Eran fuertes, todo músculo y nervio, y sin duda sabían pelear. Bruce se dio cuenta de que no tenía ninguna posibilidad de salir con vida.

Alzó un poco los ojos, mirando a Lena.

Lena estaba quieta sobre la silla de su caballo, mirándole con tanta indiferencia como si contemplase ya el cadáver de un desconocido.

—¿Por qué me odias tanto? —preguntó Bruce con un soplo de voz—. ¿Por qué sueñas tan sólo en verme muerto?

—Yo no sueño en verte muerto. No he soñado nunca porque soy una mujer práctica y vivo de realidades. Te necesito muerto, Bruce Cardigan, porque eres el único obstáculo que existe para mi boda con Stimpson. Eso es todo lo que tengo que decir.

—Tu boda con Stimpson… ¿Para qué necesitas ser más rica? ¿No tienes mucho más de lo que puedes gastar en todos los días de tu vida?

—Tú siempre has sido un pobre hombre —rió Lena secamente —. El dinero no sirve para gastarlo, sino para que te coloque por

encima de los demás. Yo no quiero ser la segunda mujer de este Estado, sino la primera. ¡Y no voy a detenerme porque se haya cruzado en mi camino un pordiosero como tú! ¡Basta de charla, amigos! ¡Dadle una lección!

Dijo «Dadle una lección» en voz muy alta para que todos lo oyeran y creyesen que lo único que querían los Toward era escarmentar a Bruce, no matarlo. De este modo tendrían luego una buena coartada para explicar que todo había sido un accidente.

Pero los cinco hombres que ahora se aprestaban para la pelea sabían que aquél iba a ser un combate hasta el fin.

—¡Vamos! —gritó Uno.

Fue él quien primero atacó. Bruce había comprendido ya que, mientras le fuera posible, no tenía más remedio que hacer la bailarina, yendo de un lado a otro para que no le cazasen. Por lo tanto, dio un salto hacia atrás, y el gancho de su enemigo se perdió en el aire.

Inmediatamente Bruce levantó la bota derecha, clavando un punterazo en la mandíbula de Uno.

El impacto resonó en toda la calle.

Uno cayó hacia atrás, sintiendo como si la ciudad entera diese vueltas en torno a él.

Bruce no se entretuvo en verlo caer, porque Dos, Tres y Cuatro se lanzaban ya en bloque. Saltó ahora de costado y fue a chocar contra un amarradero. Tuvo la sensación de que la barra se clavaba en sus costillas y perdió la respiración.

Tres logró cazarle en el estómago, y Dos lo envió de un «uppercut» al otro lado de la barra.

En cierto modo esto fue la salvación para Bruce, ya que sus tres enemigos quedaron momentáneamente detenidos por el amarradero. Desde el otro lado, Bruce propinó un puntapié al estómago de Dos y lo envió dando tumbos hasta el centro de la calle, donde Uno ya se levantaba.

Tres, que era el más sereno, saltó al otro lado del amarradero y logró cazar al joven con un gancho de izquierda que le hizo entrar de espaldas, tambaleándose, en un *saloon*. Con un grito de triunfo, Tres fue en su seguimiento, creyendo que Bruce ya estaría al borde del «groggy».

Y, en efecto, Bruce lo estaba, pero no había perdido la

serenidad. Se colocó a un lado de la puerta del *saloon* y levantó ambas manos, uniéndolas. Cuando Tres entraba las descargó sobre su nuca en un mazazo que hubiera sido capaz de desnucar a un toro. Tres cayó de bruces, sin conocimiento, mientras sus compañeros entraban de golpe.

Ahora Bruce no pudo repetir la suerte, pero aprovechó la momentánea desorientación de sus contrarios.

En lugar de esperar a que le atacasen, atacó él. Uno, que ya estaba algo sonado, recibió un nuevo gancho a la mandíbula, y cayó hacia atrás lanzando aullidos. Dos movió el puño derecho y arrancó de golpe una ceja entera de Bruce.

La sangre cegó a éste. Retrocedió unos pasos, vacilando, y sus enemigos decidieron aprovechar la ocasión.

Bruce volcó una mesa. Dos y Uno cayeron rodando. Cuatro se lanzó sobre él, con los puños por delante, pero llevando la guardia demasiado alta. Un suave golpe al estómago le hizo bajarla instintivamente. Entonces Bruce le golpeó con el canto de la mano en la parte delantera del cuello.

Cuatro cayó al suelo con la tráquea rota, lanzando un alarido. Se dio cuenta de que el impacto había sido mortal, y eso le hizo perder todo su valor. Cayó de rodillas, gimiendo, mientras Dos y Uno se lanzaban al ataque otra vez.

Ahora vinieron uno por cada lado, y Bruce no pudo esquivarlos a los dos al mismo tiempo. Fue cazado en el estómago, en un pómulo y en el bajo vientre. Estremeciéndose de dolor, cayó de espaldas, sabiendo que aquello era el fin.

Dos le propinó un puntapié en la cara.

Bruce sintió un chasquido en el maxilar superior y estuvo a punto de perder el conocimiento. De un modo instintivo pudo detener el segundo puntapié, que iba dirigido a una de sus sienes y le habría matado sin duda. Retorció la bota de su enemigo, que era Dos, y le hizo caer de momento.

Uno fue a saltar sobre él con los pies por delante.

—¡Cuidado! —gritó alguien.

Bruce, que apenas podía ver a su enemigo a causa de la sangre que resbalaba hacia sus ojos, dio instintivamente una vuelta sobre las tablas. Uno no logró alcanzarle. Por el contrario, resbaló y chocó con las posaderas contra el suelo. Las pocas personas que había en

el *saloon* lanzaron una carcajada.

Tres se estaba incorporando ya, aunque sus ojos nublados indicaban que ya no era dueño de sí mismo. Debía verlo todo como a través de una nebulosa. En cuanto a Cuatro, acababa de morir.

Bruce logró ponerse en pie y fue retrocediendo poco a poco, intentando recuperar el aliento. Sabía que ahora sólo tenía dos enemigos en contra, pero estaban furiosos. Esto podía ser una ventaja o un inconveniente, según como atacasen.

Y atacaron mal. Se lanzaron en tromba, buscando arrollar a su enemigo y patearle una vez estuviera en el suelo. Toda su obsesión era derribarle; lo demás vendría solo.

Bruce movió una silla en forma de molinete, y la destrozó en las caras de los dos. Se oyó un chasquido de huesos, y sus adversarios cayeron otra vez. Tres vino entonces dando tumbos, y cazarlo fue lo más fácil del mundo. El golpe en la nuca lo había dejado casi inconsciente, y el gancho que ahora recibió en el mentón lo envió por un buen rato a la región de los sueños.

Ahora Bruce corrió como un toro en dirección a la barra del *saloon*, como si allí estuvieran sus enemigos. Los clientes, al apartarse de golpe, creyeron que se había vuelto loco. Pero Bruce estaba más cuerdo que nunca. Lo que buscaba era un arma.

Sujetando por el cuello una de las botellas, la rompió por la mitad. Las aristas de vidrio quedaron afiladas como puñales.

Era tiempo.

Uno había perdido la serenidad y acababa de sacar su revólver. Bruce le dio un puntapié a la mano armada y luego le clavó secamente las aristas en la cara. Pudo habérselas clavado en el cuello, matándolo, pero no quiso hacerlo. Lo único que pretendió fue que el dolor y la sangre dejaran a su enemigo «groggy», como así sucedió.

Cayó aullando, mientras se llevaba ambas manos a la cara marcada para siempre.

Bruce giró hacia su otro enemigo.

Éste no quiso pelear. Corrió hacia una de las ventanas que daban a la parte posterior del *saloon*, y saltó por ella, rompiéndola con el peso de su cuerpo. El estrépito llenó el local durante unos segundos.

Luego nada.

Se hizo en el *saloon* un espantoso silencio, sólo roto por los

gemidos de Uno, que se quejaba entrecortadamente.

Bruce sintió que todo vacilaba en torno suyo. Ahora le fallaron las fuerzas que hasta entonces le había dado la desesperación. Tuvo que apoyarse en la barra y beber mecánicamente el contenido de uno de los vasos que había en ella. Estaba tan aturdido que no pudo ni tragar el licor, y se vio obligado a escupirlo.

En aquel momento alguien empujó desde fuera, con mucha lentitud, los batientes del *saloon.*

Era Lena Taylor, que entraba con la calma del que se dispone a pasar revista. Había liado ella misma un cigarrillo mientras estaba fuera, y ahora lo encendió parsimoniosamente, sin mirar a ninguna parte. Luego el humo la cegó durante unos segundos.

Al abrir los ojos preguntó con aburrimiento:

—Bueno…, ¿qué? ¿Tanto habéis tardado?

Vio entonces a Uno, que se bamboleaba como un borracho de un lado para otro, intentando contener la hemorragia. Vio también al muerto. Abrió la boca con tanto asombro que, al cerrarla, sus mandíbulas produjeron un chasquido.

—Pero… —balbució.

Sus ojos rodaron desorientados por el *saloon*. Vio a Bruce, que aún sostenía el vaso de licor en la mano derecha. Aunque sangraba por varias heridas, era él sin duda el que había ganado la pelea.

Lena Taylor sintió que todo vacilaba a su alrededor.

Intentó huir. Necesitaba escapar cuanto antes de allí, hacer lo que fuese porque sin duda Bruce la mataría. El cigarrillo cayó de sus labios. Dio media vuelta y echó a correr.

Bruce, con calma, se volvió hacia el tabernero.

—Oiga, amigo… Necesito que me haga dos favores.

—Usted dirá. Nos ha dado un bonito espectáculo y voy a complacerle en lo que me pida.

—Lo primero que necesito es un cubo de agua sobre la cabeza. Siento náuseas y además apenas veo.

Tuvo el cubo de agua antes de lo que esperaba. El tabernero se lo arrojó encima, y Bruce se sintió despabilado casi inmediatamente. También pudo ver mejor, al lavársele la herida de la ceja.

—¿Qué más necesita?

—¿Tiene un caballo rápido?

—Ese bayo que está amarrado a la entrada es mío. Se come el terreno, y además ahora está descansado. Móntelo.

—Gracias, amigo.

Bruce salió a la calle. Vio el bayo que le habían indicado y montó a él con trabajo; pues el animal estaba inquieto. Pero partió como una exhalación cuando Bruce lo liberó del amarradero.

Lena galopaba apenas a doscientas yardas más allá, en dirección a su rancho. Llevaba un buen caballo, pero sin el nervio del de Bruce. Éste fue ganando distancia rápidamente apenas salieron de Oklahoma City.

La muchacha clavó espuelas desesperadamente al darse cuenta de que era perseguida. No consiguió nada. Bruce siguió ganando distancia. Pronto toda la esperanza de Lena consistió en acercarse al rancho lo suficiente para encontrar a algún grupo de sus hombres.

Pero hasta eso falló.

Cuando todavía estaba muy lejos de rancho Taylor, su caballo dio un tropezón, y ella estuvo a punto de saltar. Logró mantenerse sobre la silla, pero ya en posición muy precaria, a punto de resbalar. A partir de ese momento la velocidad del corcel disminuyó, y Bruce fue ganando ventaja más rápidamente. A unos seis pasos, saltó sobre el caballo de Lena y los dos rodaron por tierra.

CAPÍTULO XII

Bruce cayó de forma que la muchacha no se lesionara al rodar desde su silla al suelo. Pero aun así, Lena, no acostumbrada a aquellos impactos, quedó sin conocimiento durante unos segundos.

Al recuperarse, vio a Bruce erguido ante ella. Bruce se estaba limpiando con un pañuelo la sangre de la ceja, que manaba aún. Sus ojos inexpresivos miraban a la muchacha con una fijeza obsesionante.

Lena se puso poco a poco en pie.

Se dio cuenta de que sus ropas se habían desgarrado, y pensó de una forma inconsciente que debía estar más hermosa que nunca. Pero pensó también que aquel hombre no se fijaría en eso. Bruce iba a matarla.

—¿Por qué no lo haces de una vez? —susurró.

—¿El qué?

—Matarme.

Bruce recargaba tranquilamente su «Colt». Puso seis balas en él sin mirarla. Y seis estremecimientos recorrieron el cuerpo de la muchacha al ver aquellos plomos, porque supo que estaban destinados a su cuerpo.

—Nunca he matado a una mujer —dijo Bruce al fin.

Y añadió roncamente:

—Pero he besado a muchas.

Se acercó a Lena y, antes de que ésta pudiera evitarlo, la besó en los labios. La muchacha quedó tan aturdida que al principio no pudo resistirse. Luego pataleó, pegó puñetazos al rostro de Bruce, intentó desasirse, pero fue inútil. Cuando él la soltó, Lena jadeaba al faltarle el aliento. Cayó sin fuerzas a tierra, vencida.

Lágrimas de humillación asomaron a sus ojos.

—Canalla… —barbotó sollozando—. Mil veces canalla… Tenías que haberme matado antes que ofenderme de ese modo…

—Lo único que he hecho ha sido reconocer que eres la mujer más bonita que he visto —dijo él con voz ronca—. Y ahora vete.

Lena se puso en pie de nuevo, vacilando. Contempló a Bruce con ojos incrédulos.

—¿Vas a dejarme marchar?

—Ya lo has oído.

—Haré otra vez todo lo posible para matarte, Bruce. Él sonrió secamente.

—A veces los seres humanos somos víctimas de nosotros mismos —dijo—. Tú te has empeñado en ser la primera mujer de este Estado, la más rica, la más envidiada, y no te detienes a pesar que te estás destruyendo a ti misma. Para lograrlo te has casado con un condenado a muerte e ibas a casarte con un imbécil. No has vacilado en contratar asesinos y en ordenarles que actúen. Pero creo que eres demasiado joven y tú misma no te has dado cuenta del daño que hacías.

Desviando la mirada añadió, mientras bajaba la voz:

—Todo el mundo tiene derecho a una oportunidad, muchacha, y con mayor motivo una mujer como tú. Por eso no voy a causarte ningún daño. Vete a tu rancho, haz llamar al mejor abogado de Oklahoma City y pide la separación. Al fin y al cabo lo nuestro fue una simple ceremonia civil; que podrá anularse fácilmente, puesto que el matrimonio ni siquiera fue consumado. Si no fueras una mujer tan ambiciosa, tan insensata, te habrías dado cuenta de que ésa era la solución más fácil.

—Tú no me has dado tiempo para pensar —dijo ella con aspereza—, y además no he sabido hasta este momento que tú estarías conforme con una separación.

—Pues ahora ya lo sabes.

—¿No lo harás por cobardía, para evitar que te mate? Bruce sonrió secamente.

—¿Cobardía? ¡Oh! —Hizo con las manos un amplio gesto—. Nadie es todo lo valiente que quisiera, muchacha, pero si obrara por cobardía habría actuado de muy distinto modo. Nadie me impediría, por ejemplo, matarte a ti ahora, y terminar este asunto de una vez.

Lena Taylor desvió la mirada a su vez. De sobra sabía que Bruce no era un cobarde. Sólo había hecho aquella pregunta porque estaba perpleja, sin saber realmente qué pensar.

—Tienes derecho a una compensación —dijo ásperamente—. Si consientes en lo de nuestro divorcio, te pagaré cinco mil dólares y lo arreglaré todo para que el *sheriff* no te persiga.

—Yo no he pedido nada.

—Pero yo considero justo dártelo.

—Tú crees que todo se arregla con dinero, ¿verdad?

—De pequeña no he visto otra cosa. La gente se compra y se vende, mata y miente sólo por dinero. Si tú hubieras pasado una niñez tan desesperada como la mía, sabrías que el oro es el único rey.

—No para mí. Y eso que también he pasado una niñez bien amarga. A los diez años los hombres blancos destruyeron nuestra tribu y nos dispersaron a todos. Yo no quise ir a la Reserva y me escapé, viviendo como un blanco más. Pero a los once años ya tenía que ganarme la vida partiendo leña y limpiando los zapatos a los hijos de los ricos. Sin embargo, nunca creí que el dinero lo arreglase todo. Sólo quería unos cuantos dólares para sacar de la Reserva a mi madre, a la que no pude volver a ver hasta hace un par de años. Por eso contesto a tu oferta: «¡No!». Apenas mi madre esté fuera de peligro, me marcharé con ella de Oklahoma City. Nunca más volverás a oír hablar de mí.

Lena Taylor hundió la cabeza. Por un momento pareció como si se sintiera avergonzada, pero luego sus ojos volvieron a reflejar el orgullo indomable que la había animado siempre.

—¿Debo darte las gracias? —preguntó.

—No. ¿Para qué?

—Entonces…, ¿accedes a renunciar definitivamente a todos tus derechos?

—Los únicos derechos que yo desearía no son de los que dan las leyes, sino de los que da el corazón. Pero ya es inútil hablar de eso, muchacha. Cuando quieras, me envías a tu abogado. Firmaré todos los papeles que me ponga delante, no te preocupes.

—Bruce, yo…

—Tú ya puedes estar tranquila. ¿No es eso lo que querías? Primero truncaste los planes de Bradley, tu capataz, arrebatándole

en el último momento la herencia que ya creía suya. Ahora podrás casarte tranquilamente con Stimpson y ser la mujer más rica de Oklahoma. Sin embargo, te compadezco, muchacha. Hasta un perro como yo puede a veces sentirse superior a una diosa.

Dio media vuelta y montó en su caballo, alejándose de allí. Como el corcel estaba nervioso, pronto se perdió de vista.

Lena Taylor quedó atónita, petrificada, sin saber qué pensar, pero sintiendo que una vergüenza muy honda crecía como una herida en su pecho.

Montó a caballo también, emprendiendo lentamente el camino de su rancho. Pasó junto a unas colinas.

Alguien, en lo alto de una de ellas, preparó su rifle —una pieza automática último modelo—, apuntando a la muchacha.

Y sonó un disparo.

CAPÍTULO XIII

La muchacha oyó el aullido de la bala cuando ya era demasiado tarde. De una forma instintiva se inclinó, y el plomo que iba destinado a su cabeza se le alojó en el hombro.

Con un gesto de dolor, Lena se desplomó de bruces, mientras se sujetaba la herida. El disparo se repitió, pero ahora la bala sólo consiguió levantar un surtidor de polvo a dos pulgadas de su cabeza.

Lena se dio cuenta de que estaba en una zona despejada y de que corría un peligro mortal. Si no lograba montar a caballo y huir de allí, se hallaba irremisiblemente perdida.

Intentó arrastrarse sobre los codos, pero no pudo. La bala que le había atravesado el hombro izquierdo le impedía mover el brazo del mismo lado. Con un sollozo, se dejó caer de bruces a tierra, después de esforzarse inútilmente por llegar hasta su montura.

Durante dos largos minutos no se oyó ningún nuevo disparo. Lena no se movió, pensando, mientras su corazón latía desacompasadamente, que su desconocido enemigo la habría dejado por muerta.

Sin embargo, la estaban contemplado desde arriba, desde lo alto de la colina, apenas a doscientas yardas de distancia.

El hombre levantó el rifle otra vez y apuntó cuidadosamente.

A trescientas yardas, un rifle está en la posición de lo que se llama «tiro a matar».

Mucho más a doscientas, contra un blanco inmóvil.

Aquel hombre era Bradley, el capataz y administrador general de rancho Taylor. El hombre que no había podido heredar la inmensa fortuna cuando Lena se casó lejos de allí, después de haber ahuyentado él con amenazas a todos los pretendientes que la

muchacha tenía en Oklahoma.

Ahora había llegado el momento de la venganza. Ahora, aunque no remediase nada con la muerte de Lena, exterminaría a la que, según él, se lo había robado todo.

Contuvo la respiración, mientras se disponía a apretar el gatillo. Su dedo índice se movió lentamente, como saboreando con lentitud el placer de la venganza.

Sonó un disparo.

Bradley sintió que su rifle hacía un movimiento raro, y vio con asombro que una bala había rozado la caja de mecanismos, aunque sin averiarla. Ciego de rabia, se volvió hacia la dirección en que había sonado el disparo.

Vio a lo lejos un jinete de cuya mano derecha parecía brotar una leve humareda. Era aquel maldito Bruce Cardigan. Y acababa de disparar con su revólver.

Una segunda bala restalló a sus pies. Bruce tiraba a matar, sin duda, pero con un simple «Colt» no podía precisar los disparos a aquella distancia. La ventaja estaba de parte de Bradley.

Éste se arrodilló, disparando con su rifle. Bruce se pegó bruscamente al vientre de su caballo. La bala sólo pasó rozándole.

Bradley comprendió que la única ventaja de su enemigo consistía en la movilidad y había que arrebatársela.

Disparó fríamente contra el caballo.

El animal lanzó un relincho, alzó los remos y cayó hacia atrás con el cuello atravesado.

La salvaje maldición de Bruce se pudo oír a cien yardas de distancia. No podía consentir que hiciesen daño a un caballo.

Aprovechando la polvareda que levantó el animal, y que le ocultaba parcialmente, se escurrió hacia la derecha buscando el parapeto de unas rocas. Bradley alzó la cabeza para ver qué había ocurrido. Una bala se le llevó el sombrero por los aires, tras el aullido escalofriante del plomo.

Se dejó caer a tierra y trató de mirar mientras escupía polvo. No vio rastro de Bruce.

Si éste, de salto en salto, lograba situarse a menos de cincuenta yardas, Bradley estaba perdido. El capataz era hombre realista y lo comprendió así. Estaba luchando contra un enemigo demasiado hábil.

Por eso retrocedió poco a poco, sin disparar más, y dejar tras él ninguna pista. Recogió también todos los cartuchos que había gastado, ya que un cartucho es un buen indicio, cuando se ha disparado con un rifle especial.

Mientras tanto, Bruce avanzaba con grandes precauciones, creyendo que su enemigo estaba al acecho.

Bradley llegó hasta el lugar donde había amarrado su caballo, montó de un salto y partió a galope hacia rancho Taylor. En una gruta del camino ocultó los cartuchos y el sombrero, enterrándolos. Y media hora después se presentaba en el rancho como si nada hubiera ocurrido. Puesto que a aquella hora solía venir de inspeccionar los pastos, nadie le prestó atención.

Mientras tanto, Bruce llegó hasta el lugar donde poco antes viera a su enemigo.

Las últimas yardas las había recorrido con grandes precauciones, puesto que temía una sorpresa. Pero al llegar a la cima de la colina se convenció de que su enemigo había escapado.

«No he hecho más que perder el tiempo… —Gruñó Bruce—. Saltando de roca en roca como si estuviéramos en la guerra, no he conseguido nada. Mientras tanto el pajarraco emprendía el vuelo…».

Buscó con la mirada los cartuchos disparados, pero pronto pudo ver también que su enemigo había tenido la precaución de llevárselos. En cuanto a otra clase de huellas, no las había. La hierba estaba tronchada y algunos arbustos pisoteados, pero eso no era una pista.

Fue al mirar hacia abajo cuando la vio a ella.

Tuvo una crispación, pues en el primer momento había pensado que los disparos no habían alcanzado a Lena. De llegar a saber que ella estaba herida no hubiese avanzado con tantas precauciones.

Corrió hacia la muchacha.

—Lena…

Ella se volvió. Estaba muy pálida y perdía mucha sangre, pero aún tuvo fuerzas para sonreír.

—Hola, Bruce… Has hecho… bien… Me lo merezco… Pero pudiste haber tenido la gallardía… de matarme cara a cara…

Bruce se mordió el labio inferior nerviosamente, mientras le miraba al fondo de los ojos.

—Lena…, ¿es que crees que he sido yo?

—¿Quién más… podía tener interés en matarme?

Él la depositó suavemente en el suelo. La bala estaba allí, casi ante sus ojos, pues había resbalado sobre la hierba después de atravesar el hombro de la muchacha. La tomó entre sus dedos y se la mostró.

—Éste es el plomo que te ha herido, Lena. ¿A qué arma corresponde? Ella parpadeó.

—Es de rifle…

—Y yo no tengo ningún rifle, muchacha. Sólo dispongo de este «Colt» y el viejo «Derringer» que no dispara.

—Entonces… tú me has salvado la vida… Tú eres el de los disparos que se han oído después…

Bruce apretó los labios, desviando la mirada.

—Bueno, si llego a saber que te disparaban a ti, me quedo tan tranquilo.

—No lo comprendo, Bruce… Sólo tú podías tener interés en que yo muriese. Además, no te faltaba razón para ello…

—Ya te he dicho que yo no mato mujeres.

—Entonces…, ¿quién era?

—No he podido verlo. No ha dejado tampoco ninguna huella. Hasta los cartuchos se ha llevado, para que no pudiéramos comparar la huella del percutor, si encontrábamos el rifle.

—No comprendo quién puede ser…

—Una mujer rica tiene muchos enemigos sin que ella misma lo sepa.

—Pero…

—No podemos entretenernos más. Estás perdiendo mucha sangre, Lena. ¿Podrán atenderte en tu rancho o te llevo a la ciudad?

—Mejor en mi rancho… Hay hombres del equipo que entienden de heridas de bala más que un médico.

—Entonces vamos allá.

Bruce buscó con la mirada el caballo de la muchacha, pero se dio cuenta con desaliento de que éste había huido, asustado por las detonaciones. Aquello complicaba las cosas.

—Tendré que llevarte a hombros. ¿Podrás soportar?

—Creo… que sí.

—Te taponaré la herida.

Valiéndose de un pedazo de la camisa de la muchacha, que estaba muy limpia, taponó la herida como mejor pudo y luego se cargó a hombros a Lena. A causa del dolor, ella perdió el sentido.

Hasta una hora más tarde, Bruce no pudo llegar a rancho Taylor.

Los peones que estaban de guardia se revolucionaron al ver a su patrona herida. Bruce conocía bien a aquellos hombres y se dio cuenta de que apreciaban a Lena sinceramente. Por lo visto Lena los trataba bien. Todo su odio, todo su rencor, se habían centrado, al parecer, en él. Para los demás debía ser una mujer normal, incluso buena.

El capataz Bradley llegó corriendo, sudoroso, llevando todavía un par de herraduras en la mano derecha.

—Estaba vigilando el herraje de los caballos cuando me han avisado… —Preguntó con un soplo de voz—: ¿Qué ocurre?…

—Alguien ha herido a su patrona.

—¿Con qué?

—Un disparo de rifle.

Bradley se puso lívido.

—¿Y cómo sabemos que no ha sido…?

—¿Quién? ¿Yo? —sonrió Bruce—. No, amigo, no vaya por ahí. Al menos esta vez soy inocente. La señorita Taylor puede atestiguarlo.

Ella, en uno de los escasos intervalos en que recobraba el conocimiento, musitó:

—Es cierto…

—Ya lo ha oído —dijo Bruce—, de modo que no perdamos tiempo. Usted es el capataz. ¿Qué hombre de los del equipo entiende de heridas de bala?

—Dawson. A veces han venido a verle trabajar los mismos médicos de Oklahoma City.

—Llámelo.

Dawson resultó ser el herrero, un tipo de color amarillento y que siempre llevaba una pesada pipa colgada de la boca. Aquella pipa era tan enorme que uno pensaba que podía esconderse perfectamente un pistolero dentro.

—¿Está fuera la bala? —preguntó ante todo.

—Sí. Tenemos suerte porque, en cierto modo, la herida es limpia. Lo más importante es saber si ha destrozado algún hueso.

—Eso lo sabrá bien pronto. Lleve a *miss* Taylor a la herrería.

La muchacha fue instalada muy cerca de la fragua, y cuando vio que el herrero se ponía a calentar un hierro al rojo estuvo a punto de lanzar un grito. Pero se dominó, haciendo angustiosos esfuerzos para mantenerse serena, mientras otro de los hombres traía una botella de *whisky*.

—Vamos, beba.

Lena bebió dos grandes tragos, y por fortuna para ella perdió el conocimiento apenas el hierro candente empezó a cauterizar la herida. Un sofocante olor a carne quemada se extendió por la herrería. Bruce, que había asistido a los peores espectáculos a lo largo de su vida, no pudo, sin embargo, resistir aquél. Tuvo que desviar la mirada.

Sorprendido, se preguntó por qué no era capaz de ver sufrir a aquella mujer que había intentado matarle. ¿Qué diablos le importaba a él, al fin y al cabo? ¿Acaso…?

No quiso buscar una respuesta a aquella pregunta inquietante.

Mientras la muchacha estaba sin conocimiento, Dawson movió su brazo varias veces enérgicamente. Aquello hubiera acabado con la resistencia de cualquiera, pero, por fortuna para ella, Lena no se daba cuenta.

—No tiene ningún hueso astillado —dijo—. La bala ha pasado junto a la articulación de la clavícula sin destrozarla, aunque le ha hecho un buen agujero.

—Entonces hay que trasladarla a su habitación. Tiene que descansar.

Bruce mismo se encargó de aquello. La tomó con todo cuidado y la subió al mismo dormitorio donde él entrara aquella noche. Después de depositarla en el lecho, dijo:

—Tardará apenas dos horas en recuperar el conocimiento. Cuando lo haga… Díganle que he marchado a Oklahoma City y que probablemente no nos volveremos a ver.

Bradley le miró.

—¿Se va usted a marchar del Estado, forastero?

—Lo haré apenas pueda viajar mi madre. ¡Ah! Díganle también a *miss* Taylor que me envíe a su abogado cuanto antes, si quiere que le firme los documentos para la anulación de nuestro matrimonio.

—¿Es que han hecho las paces? —preguntó Bradley.

—No es precisamente eso. Yo me retiro del campo y no la estorbo más. Buenos días.

Marchó del rancho a pie, como había venido. Por no llevarse nada, no se llevó ni un caballo. Pensó que le sería muy difícil explicar al dueño del *saloon* que un desconocido había matado al bayo que le prestó. En el mejor de los casos tendría que pagárselo.

Pensando en esto, llegó horas más tarde a Oklahoma City, después de lavarse en un arroyuelo para limpiar del todo sus heridas.

Al entrar en la ciudad estaba reventado, pero aun así lo primero que hizo fue ir a ver a su madre.

Entretanto, Lena había recobrado el conocimiento en rancho Taylor.

Lo primero que hizo fue llamar a Bradley.

El capataz subió al dormitorio con todos los músculos en tensión, como un gato dispuesto a saltar. Pensó que había sido descubierto y que Lena le acusaría delante de los hombres de su rancho, antes de hacerle ahorcar. Por eso, mientras subía las escaleras, se cercioró de que iba bien cargado su revólver, y además ocultó un pequeño «Derringer» debajo de su camisa, por si era necesario disparar a traición.

Pero se tranquilizó instantáneamente al ver que Lena, muy pálida, estaba sola en el dormitorio.

—¿Qué ocurre, *miss* Taylor? —preguntó, sin apartar demasiado la derecha del revólver.

—Necesito… que me haga… un favor, Bradley.

—Con mucho gusto. ¿Qué clase de favor?

—He pensado que al contratar a los Toward… yo ensucié el buen nombre de este rancho. Los Toward forman un equipo negro, un equipo que ninguna persona honrada contrataría. Si mi padre adoptivo me viera…, se avergonzaría de mí.

—¿Su padre adoptivo? —dijo sombríamente Bradley.

—Sí… ¿No lo sabía?

—Sabía que era viudo, pero siempre pensé que usted era hija de su difunta esposa.

Lena movió débilmente la cabeza de un lado para otro.

—No… Yo lo supe años más tarde, pero él no era mi padre. Me recogió al encontrarme abandonada en un campo y sintió

compasión de mí… Parece extraño que yo no haya recordado eso, puesto que al fin y al cabo no era ya tan niña. Tenía casi siete años… En fin, todo aquello son nebulosas, recuerdos que me es difícil precisar. El caso es que cuando supe… que yo había sido una niña abandonada… y comprendí por qué llevaba en la espalda aquel tatuaje de las tribus indias… sentí una vergüenza inmensa, como si fuera menos que las otras…

Echó un poco para atrás la cabeza, agotada, y musitó:

—Por eso quise ser rica, fabulosamente rica… Quería ahogar con oro la vergüenza de mi niñez… Y contraté a los Toward pensando que los necesitaba. Pero ahora me arrepiento, Bradley…

El capataz musitó por entre sus labios apretados:

—¿Por qué me cuenta todo eso, *miss* Taylor?

—Porque he escrito una breve carta… En ella digo a los Toward que ya no necesito sus servicios… y les adjuntaré una indemnización para que no se quejen de mí… Llévelas usted la carta, Bradley… Es mi hombre de confianza. Deles también quinientos dólares a cada uno… Pero pronto…

Le tendió una nota escrita a mano, con letra temblorosa. Bradley la tomó suavemente.

—Hágalo… enseguida… —suplicó ella.

—Descuide, *miss* Taylor.

Bradley salió de la habitación, conteniendo una brutal carcajada.

Porque él sabía que aquella carta no sería jamás entregada a los Toward, a los tres supervivientes del equipo negro.

CAPÍTULO XIV

—… Y os ha ordenado que asestéis un golpe mortal a ese tipo —dijo Bradley a los Toward, cuando horas más tarde logró reunirlos en un reservado del *saloon*—. Aquí hay quinientos dólares para cada uno a cuenta de vuestros honorarios.

Número Uno vaciló.

—¿Un golpe mortal?…

—Ese tipo es muy peligroso —dijo Dos—. No sé hasta qué punto debemos arriesgarnos. Yo no lo haré por quinientos dólares.

Bradley sonrió.

—No se trata de liquidarle a él.

—¿A quién entonces?…

—A su madre.

Se produjo entre los Toward un momento de estupor. Habían liquidado a toda clase de personas, pero nunca a un niño ni a una anciana. Aquello no entraba en su trabajo normal, aunque todo dependía del dinero que se les ofreciese.

—¿Cuánto cobraremos a continuación? —preguntó Dos.

—Mil más.

Los tres asesinos se miraron.

—No ofrece peligro y herimos a aquel tipo en lo más sensible —dijo Uno al cabo de unos instantes de reflexión—. Yo me inclino a aceptar. ¿Qué os parece?

Los otros asintieron lentamente.

—Ya sabéis dónde está, ¿no? —preguntó Bradley suavemente.

—En casa del médico. Será fácil.

—Luego tendréis autorización para huir. Ese tipo no será capaz de alcanzaros.

El plan de Bradley era perfecto. Muerta su madre y sabiendo —

porque llegaría a saberlo—, que los Toward habían cobrado dinero de Lena para asesinarla, Bruce no pararía hasta acribillar a la muchacha. Perseguida por un hombre así, las horas de vida de Lena estaban contadas.

—Pero no se puede perder tiempo —susurró—. Si queréis cobrar antes de la noche, tenéis que hacer el trabajo ahora.

Los tres asesinos asintieron a la vez.

CAPÍTULO XV

Bruce Cardigan salió a la calle.

Se sentía aturdido después de muchas horas pasadas junto al lecho de su madre, y aunque ahora ella estaba prácticamente fuera de peligro, la fatiga pesaba sobre el joven como una obsesión.

Necesitaba comer algo y echar un trago. Sobre todo un trago de algo bien fuerte. Eso sería lo mejor.

Fue a cruzar la calle en dirección al *saloon.*

Tres chiquillos la atravesaron también, corriendo como potros.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Le disparaban con pistolas imaginarias, apuntándole con los dedos. Bruce sonrió:

—Os gustan demasiado las armas, muchachos.

Uno de los chiquillos se encaró con él.

—¿Usted no es el que dio una paliza a los Toward?

—Ellos también me la dieron a mí.

—Pero usted quedó en pie, mientras que los otros…

—Eso no tiene tanta importancia como vosotros creéis. Hay muchas cosas en la vida mejores que pegar puñetazos.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Los muchachos seguían imitando los disparos, mientras le apuntaban con sus dedos.

—Bueno, más vale que os larguéis ya. ¿No hay escuelas en esta ciudad?

—Nosotros queremos que usted nos enseñe a disparar. ¿No puede darnos uno de sus revólveres?

Bruce, con tal de quitárselos de encima, estuvo a punto de darles el «Derringer», que al fin y al cabo no disparaba; pero lo pensó mejor. Los chiquillos no deben jugar con armas de fuego, aunque

éstas estén hechas una cafetera.

—El «Derringer» no dispara, pero no os lo puedo regalar —dijo sonriendo—. Cuando seáis mayores, ya tendréis más revólveres de los que os harán falta.

—¿Y nos enseñará a disparar?

—Claro que sí, muchachos, claro que sí…

—¡Entonces seremos unos maestros! ¡Venceremos a todos los pistoleros!

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Los chicos se alejaron corriendo, imitando en sus gestos y sus posturas a Billy the Kid y a Jimmie Ringo. Bruce se encogió de hombros y entró en el *saloon*, donde había muy poco público a aquella hora.

Pidió una cerveza y algo de comer.

Notó que todo el mundo se iba apartando de su lado poco a poco, y comprendió que la gente tenía razón. Todos sabían que los Toward intentarían vengarse y que podían entrar por sorpresa en cualquier momento. Por si acaso, todo el mundo quería estar lejos del probable camino de las balas.

Apenas llevaba Bruce cinco minutos allí, cuando los chiquillos volvieron a pasar trotando frente a la puerta del *saloon*.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Se detuvieron unas yardas más allá, aproximadamente donde había otro *saloon*, y sus voces se oyeron claramente.

—¡Toma! ¡Pero si son los Toward!

—¡Los que mejor pelean en toda la ciudad después de Bruce Cardigan!

—¿Por qué no nos regalan alguno de sus revólveres?

Y enseguida la voz ronca y pesada de Número Uno.

—¡Al diablo!

Bruce pensó maquinalmente:

«Vienen a buscarme… En fin, esto era inevitable. Un momento u otro tenía que ocurrir».

Pero los pasos de los tres hombres, después de resonar muy cerca de allí, se perdieron hacia el centro de la calle, hasta casi extinguirse por completo. Bruce arqueó una ceja.

¿No venían a buscarle? Era extraño. Debían saber perfectamente que se encontraba allí, porque esas cosas no tardaban ni cinco

segundos en divulgarse. ¿Por qué no iban directamente en su busca? ¿Qué querían?

Tal vez le buscaban en otro *saloon.*

Pero en el lado opuesto de la calle no había ningún establecimiento… De pronto el corazón de Bruce Cardigan pareció paralizarse.

¡Al otro lado de la calle estaba su madre! ¡Quizá los Toward habían aceptado dinero por asesinarla!

Rápidamente, con la mano derecha puesta sobre el «Colt», Bruce salió de allí. No vio a los Toward por parte alguna.

Atravesó la calle, sin darse cuenta de que alguien se movía silenciosamente a su espalda.

Era Número Uno, que tenía ya el revólver preparado. Había vuelto como una sombra cuando sus compañeros se detuvieron ante la casa del médico, sabiendo que Bruce caería en la trampa.

Y había caído. Ahora no podía fallar.

CAPÍTULO XVI

Lena Taylor, dominada por la fiebre, dejó transcurrir casi una hora desde la marcha de su capataz, mientras el cielo se iba oscureciendo a través de los cristales de la ventana. Luego un terrible pensamiento la hizo ponerse en pie, dominando su propia debilidad.

Ella había despedido a los Toward, pero éstos querrían vengarse de Bruce. Le prepararían una emboscada en cualquier lugar de Oklahoma City, y esta vez no fallarían, porque harían las cosas a su modo, disparando a la espalda desde cualquier zona de sombras.

Todo lo aprisa que pudo, se vistió sus ropas de amazona, ordenó ligeramente sus cabellos y ciñó un cinto con un revólver. Se puso también un chaquetón de cuero para dominar los intensos escalofríos que le producía la fiebre.

Preguntó si Bradley había vuelto y le respondieron que no. Entonces hizo ensillar uno de los caballos más veloces del rancho y partió a galope.

Entró en la calle principal de Oklahoma City en un tiempo récord, como si la empujase el viento de su propia desesperación.

Vio a Bruce en el centro de la calle, dirigiéndose con paso rápido hacia la casa del médico donde estaba hospitalizada su madre.

Vio también una sombra oscura que se movía tras él. Su garganta desgarrada tuvo apenas tiempo de gritar:

—¡Cuidado, Bruce…! ¡A tu espalda!…

Con la velocidad de una serpiente, Bruce se volvió.

Pero hizo un gesto en falso. Bruce se equivocó completamente al volverse.

Él siempre había disparado con las dos manos, y al hacer el giro

esta vez le resultó mejor extraer el revólver de la izquierda. Como en momentos así no hay tiempo de pensar, hubo de guiarse por el instinto y no recordó que su revólver izquierdo, el «Derringer», no servía para nada.

Lo sacó con fantástica rapidez y pudo incluso apretar el gatillo, pero el percutor se detuvo a mitad de camino como la otra vez.

Cuando quiso rectificar ya era tarde.

Uno le envió un balazo a la altura del corazón, atravesándole el pulmón solamente, pero rozándole casi el cayado de la aorta. Media pulgada más a la derecha y aquel plomo habría sido definitivo. Bruce sintió que sus ojos se nublaban y cayó hacia adelante, mientras intentaba desenfundar su revólver derecho.

No llegó a hacerlo.

Las fuerzas le fallaron y su mano derecha quedó crispada sobre la funda, mientras la izquierda dejaba caer blandamente el «Derringer», que quedó abandonado sobre el polvo.

Uno lanzó una breve carcajada.

Apuntó otra vez, sabiendo que ahora nada le impediría matar. Una sonrisa de placer deformaba su rostro.

Apretó el gatillo.

Y de pronto la muerte penetró por sus ojos, por su boca.

No llegó ni siquiera a darse cuenta de que aquella especie de meteoro que había pasado galopando junto a él era Lena Taylor. Cuando ella hizo fuego, la bala chocó directamente contra la cara de Número Uno. Éste lanzó un aullido y cayó hacia atrás, soltando su revólver. Cuando su cuerpo se desplomó sobre las tablas del suelo, estaba ya sin vida.

La muchacha descabalgó junto a Bruce. La fiebre la hacía temblar, pero aún se mantenía erguida.

—Bruce…

—Me han dado bien…, muchacha… Apártate de mí… antes de que los otros dos vuelvan…

—No lo comprendo. Yo les ofrecí dinero para que se marcharan…

—¿Lo pagaste… tú misma?

Lena se mordió los labios con rabia.

—Ahora lo comprendo… Bradley no debió entregar les mi carta. Y quizás empleó el dinero para insistir en que te matasen a ti o a tu

madre… ¡Dios mío! Yo creí que Bradley se había resignado a perder la partida, que no me odiaba ya… Yo lo había mantenido en su puesto a pesar de todo, y le pagaba una pequeña fortuna por sus servicios… Ahora comprendo que debió ser él mismo quien intentó matarme con el rifle.

—No debemos hablar… de eso ahora… Ponte a salvo…

Por su parte, él hizo un sobrehumano esfuerzo y logró ponerse en pie. Encajó el revólver en la funda. Sabía que tenía que intentar salvar ahora a su madre. Ahora o nunca. Cinco minutos después habría perdido tanta sangre que ya no podría levantarse del suelo.

Lena quiso ayudarle.

—Déjame —susurró él, con el orgullo de los hombres solitarios de la pradera—. Ya has hecho bastante.

Tambaleándose, entró en la casa del médico. Vio a éste en el suelo, junto a una mancha de sangre. No estaba muerto, pero le habían atizado en la cabeza dos culatazos capaces de derribar a un buey. No recobraría el sentido al menos en una hora, y cuando lo recobrase estaría oyendo campanadas dentro de su cráneo durante una semana entera.

Bruce empujó con el pie la puerta de la habitación donde yacía su madre. Todo fue instantáneo.

Vio a los dos Toward supervivientes apuntando a la mujer. Ésta les miraba serenamente, sin temor, tranquila ante una muerte que ya nadie podría evitar. Sin duda musitaba una oración mientras los revólveres la encañonaban. Pero de pronto, en aquellos segundos decisivos, cambió todo.

Los Toward cambiaron la dirección de sus revólveres mientras lanzaban al unísono un grito.

Bruce, con el «Colt» amartillado, hizo fuego dos veces.

Los dos asesinos cayeron para atrás, mientras el plomo ardiendo entraba en sus corazones. No pudieron lanzar ni un grito. La madre de Bruce cerró los ojos mientras se tapaba angustiosamente el rostro con las manos.

Entre el humo de la pólvora se oyeron lentamente las palabras de Bruce Cardigan:

—Ya no hay nada que temer, madre. Puedes… descansar…

De pronto las fuerzas le fallaron y cayó de rodillas. El chorro de sangre que partía de la herida de su pecho se hizo más intenso.

Lena Taylor lanzó un gemido.

—Dios mío… Necesita que le atienda un médico… ¡Pronto!

Recordó que el que vivía en aquella casa estaba sin sentido, y además tardaría largo tiempo en recuperarlo. Por un momento se sintió desesperada. Las lágrimas asomaron a sus ojos.

Volvió la cabeza.

Y de pronto notó la mirada de la madre de Bruce clavada en su rostro. Una mirada que la analizaba, que parecía escudriñarla, que detallaba uno a uno todos sus rasgos. Aquellos ojos…

Desde el fondo de su pasado más remoto, desde el fondo de todo lo que Lena quería olvidar, aquellos ojos parecían mirarla. La muchacha tuvo un estremecimiento. ¿Qué era lo que le recordaba aquella mujer? ¿Qué capítulo de su niñez que ella quiso olvidar para siempre?

Por la calle, en el espantoso silencio que se hiciera a continuación de los disparos, se oía corretear a los chiquillos.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

La mujer susurró:

—¿Cómo… te llamas?

—Lena… Lena Taylor.

—¿Taylor… es el apellido de tu padre?

—Es el apellido del hombre que me adoptó.

—¿Y Lena? ¿Quién te lo puso?

—Él también.

—¿Nunca te has llamado… Berenice?

Lena tuvo un estremecimiento. Los recuerdos… Los recuerdos que había querido ahogar subían hasta ella desde la superficie borrascosa de su pasado. Se veía a sí misma vagando por los campos en compañía de los indios, que años atrás mataron a sus padres… Veía a la mujer que la recogió, la que la crió, la que sustituyó con ella a su hijo desaparecido…

Las lágrimas asomaron a los ojos de Lena.

Se veía a sí misma cubierta de harapos, cruzando por las ciudades donde vivían las mujeres blancas. «Aparta de aquí, cochina india»… «¡Pero si yo no soy una india!»…

«Pues hueles tan mal como ellas. ¡Aparta!»… Y se recordaba llorando y jurándose a sí misma que algún día ella sería rica, mucho más rica que todas aquellas mujeres que la habían insultado. Que

un día ella llegaría a dominar todo un Estado con el peso de su oro…

—Dios mío… —jadeó—. Dios mío…

Sintió que una mano dulce, muy dulce, acariciaba sus cabellos.

—Berenice… Pequeña Berenice… ¿Por qué no me buscaste más cuando los soldados nos separaron? ¿Por qué me dejaste tan sola?…

Lena tomó aquella mano y la besó, mojándola con sus lágrimas, mientras todo su cuerpo era recorrido por un estremecimiento.

—Pronto voy a ser algo más para ti… —susurró—. No te dejaré nunca porque quiero a tu verdadero hijo… En realidad, soy su esposa. Y no pienso separarme de vosotros nunca… ¡Nunca!

Tuvo otro estremecimiento, al ver que Bruce se levantaba. Bruce se había dado cuenta de que en el suelo se desangraba más, y buscaba algo para taponarse la herida. Empleó unos vendajes que el médico había dejado allí para su madre. Luego intentó salir.

—Hay otro matasanos dos manzanas más allá —susurró, mientras se apoyaba en la jamba de la puerta—. Si no está borracho podrá curarme. Tú cuida de ella. Puedo… llegar solo.

Pero Lena sabía que no podría llegar. Venciendo la resistencia del hombre, le pasó un brazo por encima de sus hombros. Salieron así de la casa, avanzando lentamente, pegados a las paredes.

Ninguno de los dos llegó a ver la sombra que esperaba en el porche frontero, con el revólver amartillado.

Aquella sombra pertenecía a Bradley.

Bradley se había dado cuenta del fracaso de sus planes, pero no consideraba perdida la partida. Él aún estaba vivo y aún tenía un revólver con seis balas. Lena y el hombre al que ella amaba se irían juntos al infierno dentro de un minuto.

Allí estaban.

Un blanco fácil, un blanco apto para un chiquillo. Levantó el revólver.

En aquel instante los tres muchachuelos, que desde un rato antes estaban revolucionando la calle, pasaron otra vez ante su campo visual. Iban como siempre, fingiendo que disparaban a todo el mundo.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Bradley apretó los dientes.

—¡Malditos imbéciles!

Pero ya habían pasado, ya volvía a ser perfecto el blanco para su revólver. Bradley contuvo la respiración, mientras apuntaba.

En aquel momento uno de los chiquillos acababa de tropezar con el «Derringer» de Bruce, recogiéndolo.

—¡Mirad! ¡Es aquel que nos dijo que no funcionaba! ¡Hay que guardarlo! Apuntó hacia los porches.

¡Pum! ¡Pum!…

¡Bang!

La detonación le hizo lanzar un aullido, mientras el revólver escapaba de entre sus dedos, cayendo de nuevo al polvo. Atónitos, los tres muchachos vieron surgir de entre las sombras a aquella especie de fantasma ensangrentado que se llevaba una mano al vientre, mientras con la otra empuñaba un revólver. Quisieron retroceder, pero el horror les dejó paralizados en el centro de la calle.

—¡Mal… di… tos!

Bradley intentó alzar su «Colt», intentó disparar contra los pobres muchachos, pero las fuerzas le fallaron. El dolor, como un hierro al rojo en sus entrañas, le venció. Dio un traspiés, mientras escupía sangre, y cayó al polvo. Un segundo después había lanzado su último suspiro.

Ni Bruce ni Lena supieron eso hasta mucho más tarde. Bruce no llegó a enterarse entonces de que el viejo «Derringer» había disparado por lo menos una vez.

Ambos iban en busca del médico más unidos que nunca, unidos para siempre. Sabían que ahora nadie iba a separarles.

Ni el *sheriff*, que ya había extendido un escrito solicitando la revisión de la causa contra Bruce Cardigan.

Ni los miembros del equipo negro. Ni el oro, ni la ambición…

Un mes más tarde, cuando Bruce y Lena se casaron de nuevo, ahora en la ceremonia religiosa, los tres muchachuelos que habían encontrado el «Derringer» llevaron la cola de la novia.

FIN

Notas

[1] Quantrell, famoso guerrillero sudista. <<